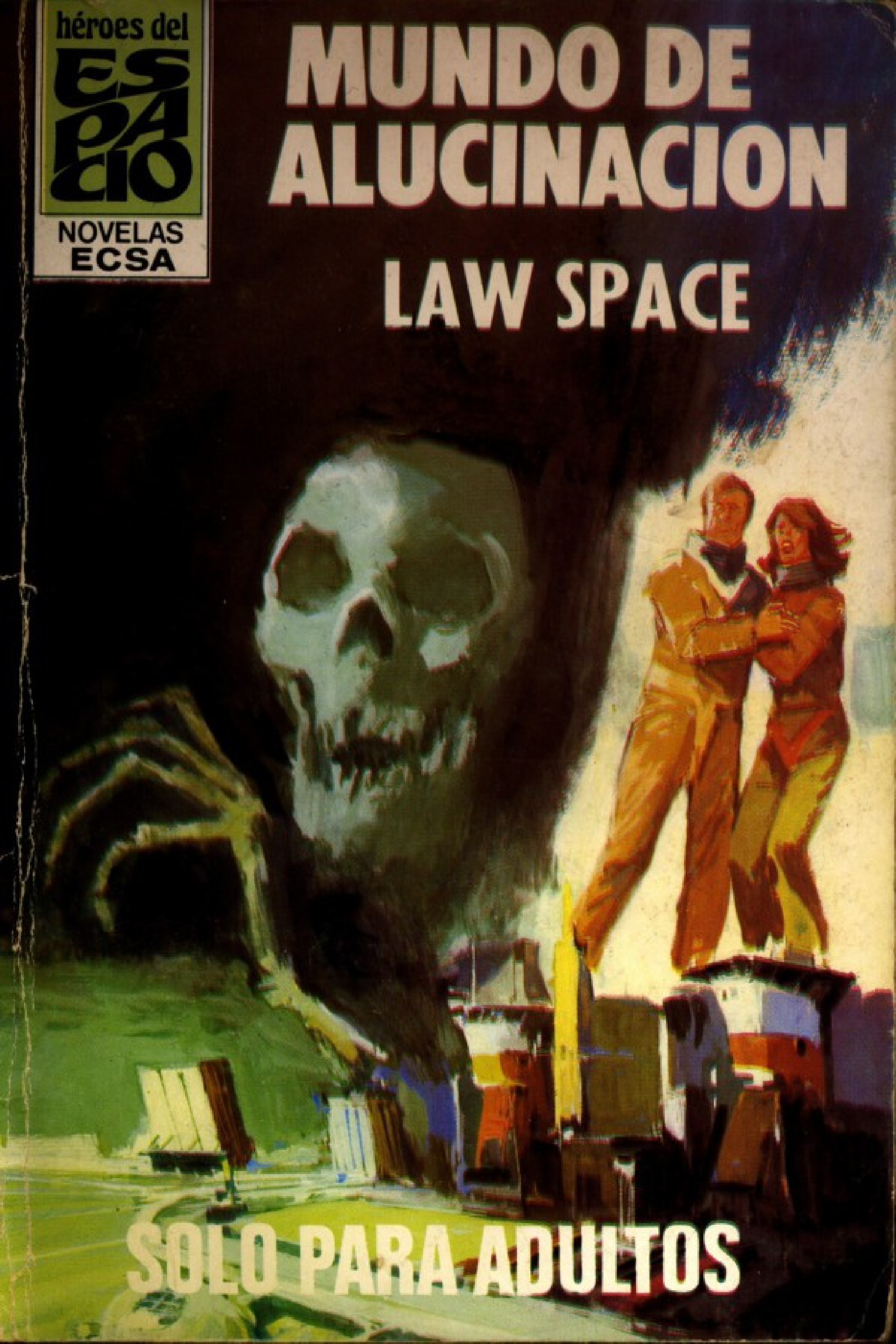

héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
MUNDO DE ALUCINACION
LAW SPACE
SOLO PARA ADULTOS

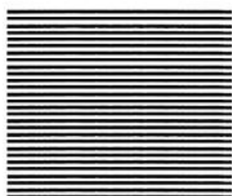
héroes del ESPACIO

NOVELAS ECSA

MUNDO DE ALUCINACION

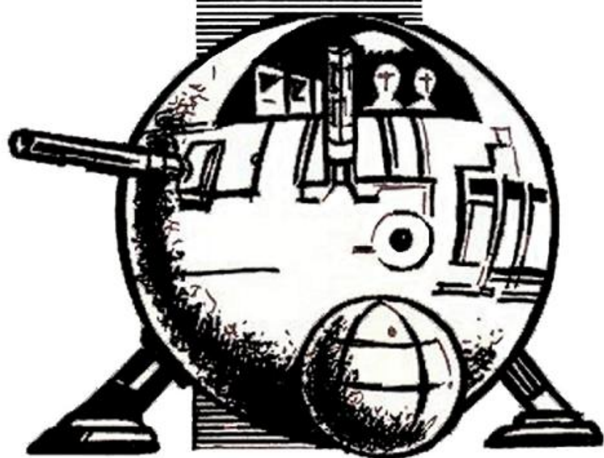
LAW SPACE





héroes del ESPACIO





ECSA

LAW SPACE

MUNDO DE ALUCINACIÓN

Colección
HEROES DEL ESPACIO Nº 95
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S.A.
AGRAMUNT, 8 – BARCELONA (6)

ISBN 84-85626-56 7
Depósito legal: B. 39.947 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain

1ª. edición: febrero 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona – 6

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

90— ***El fin del mundo,*** Lucky Marty.

91— *El vórtice del tiempo,* ***Law Space.***

92— *Guerreros del futuro,* ***Rocco Sarto.***

93— ***Robot, fundador,*** EUiot Dooley.

94— *Los neutrones de la muerte,* ***Eric Sorenssen.***

CAPITULO PRIMERO

Empezó todo por aquella absurda llamada telefónica. En realidad, la señora Podgie, de los Ángeles, tardó muchísimo tiempo en recordar que la había hecho y aun así, jamás pudo explicarse el porqué.

Lo cierto fue que la señora Podgie, a las nueve y cuarenta de la mañana, se secó los brazos, que tenía manchados de la harina con la que hacía el plato preferido de su esposo y, saliendo de la cocina, se dirigió al vestíbulo, donde pendía de la pared el aparato telefónico.

La buena señora marcó el FD-89-64, de la ciudadˆ con una seguridad sorprendente; luego, cuando la voz masculina llegó a ella...

—¿Es mister Turnie, el pirotécnico?

—Sí soy yo. ¿Quién llama por favor?

—Una vecina suya, mister Turnie. Su esposa se ha puesto repentinamente enferma. Debe venir usted en seguida.

—¿Qué le ha podido ocurrir a Cath, Dios mío? ¡Esta mañana la dejé espléndidamente!

—Venga en seguida, mister Turnie. El asunto es grave. Adiós.

—Muchas gra...

Pero la señora Podgie había cortado y con la misma parsimonia, torno a la cocina y hundió, con una sonrisa de satisfacción, sus rollizos brazos en la harina...

* * *

Mister Turnie permaneció unos instantes con el aparato en la mano, sin saber qué hacer. Después, sin pensar en nada más, corrió hacia el fondo de la tienda.

—¡Edward! —llamó.

Un muchacho, de unos quince años, salió del fondo del laboratorio.

—¿Qué desea, señor?

—Deja lo que hacías y sal a la tienda. He de ausentarme rápidamente. Mi esposa se ha puesto súbitamente enferma.

—Espero que no sea nada.

—Gracias. Volveré lo antes posible. Si no estoy aquí a la una,

cierras y te llevas la llave a casa. Ten cuidado con el explosivo que estamos preparando para la Armada. No lo toques.

—Pierda cuidado, mister Turnie; no tocaré nada.

Salió el pirotécnico, precipitadamente, poniéndose torpemente la gabardina y con el sombrero ladeado.

Edward se situó detrás del mostrador.

Sus ideas se concentraron en el tema que le tenía preocupado desde hacía cerca de una semana.

¡El circo!

Llevaba dos semanas pensando en el circo. Los primeros anuncios habían sido repartidos por correos y Edward se había pasado horas y horas en el fondo del laboratorio, contemplando el fantástico desfile de los animales y la simpática y desgarbada actitud de los payasos.

Pero fueron los domadores, magníficamente ataviados en el interior de las jaulas, cara a las fieras más variadas y feroces del mundo. ¡Aquellos sí que era interesante y emocionante a la vez!

Hacía apenas diez minutos que su patrón había salido, cuando oyó un tumulto en el exterior formado, sobre todo, por un griterío infantil formidable.

Irresistiblemente atraído por los gritos, se asomó a la puerta y dirigiéndose al primer muchacho de los muchos que seguían a un hombre que reía, le preguntó el motivo de toda aquella algarada.

—¡Está repartiendo invitaciones gratuitas para el circo!

Edward sintió que sus piernas flaqueaban, justamente el nudo gordiano de sus preocupaciones era el económico, había cometido la torpeza de comprarse, con sus ahorros, unos patines, la semana anterior y tenía la hucha completamente vacía.

No lo dudó ni un solo instante.

Corrió tras el hombre, abriéndose paso a codazos entre los que se disputaban aquellos papelitos rosados, que significaban tantas y tantas maravillas para ver.

* * *

Anderson era taxista. Desde que se había casado con Lucy, la hija del jardinero de la Base experimental de

Astronáutica de los Ángeles, podía decir que la suerte le había sonreído.

Era todo lo feliz que podía ser un hombre.

Había terminado de pagar los plazos del coche, que ya era suyo y podía decir, con legítimo orgullo, que su taxi era el más limpio y brillante de toda la ciudad. Aquélla era una de las causas que hacían que no le faltase nunca el trabajo.

Puntual, serio, excelente conductor, no desaprovechaba una sola ocasión para realizar un trabajo que dejaba complacidos a los clientes. Nunca se le veía perdiendo el tiempo en los bares y cuando entraba en uno de esos establecimientos, se limitaba a tomar un *sandwich* y una cerveza, pues aprovechaba todas las horas del mediodía para realizar los beneficiosos trayectos de las estaciones y aeródromos.

Indudablemente, si aquel día aciago le hubiesen preguntado el motivo de su anormal conducta, le hubieran colocado en un serio aprieto. Porque, como el resto de los peones que inauguraron aquella fatal partida de ajedrez, que fue él comienzo de la calamidad del planeta, no volvió a recordar lo que había hecho en aquella hora y media que empleó en realizar algo verdaderamente fantástico.

Acababa de dejar un cliente habitual en el centro de la ciudad y ya le llamaba un hombre, a la puerta de un hotel, cuando, extraordinariamente, puso en marcha el vehículo, sin hacer caso de la protestas del hombre y condujo, a una velocidad ciertamente exagerada, hacia la periferia de la ciudad, deteniéndose ante una tienda, en el justo momento en que el joven de unos quince años, de mirada despierta corría detrás de un hombre que iba rodeado de un enjambre de chiquillos.

Anderson bajó del coche, penetró en el establecimiento sin la menor duda, contorneó el mostrador y se adentró hacia la trastienda como si hubiese pasado la vida en aquella casa.

Luego, ya en el laboratorio, tomó un maletín negro y de bordes desgastados, colocó en su interior unas cajas sobre las que se leía «peligro» y tras cerrar el maletín, salió tan tranquilamente como había entrado.

No acababa de cerrar la portezuela del taxi cuando el chico de la tienda regresaba ufano, con un papelito rosa fuertemente apretado entre los dedos.

Anderson puso el coche en marcha y recorrió las seis millas que le separaban de. la base donde trabajaba su padre político,

deteniéndose junto a un extremo de la verja, justo cerca de donde trabajaba el anciano.

Este dejó las tijeras con las que cortaba unos macizos de densos arbustos. Se acercó a la verja.

—¡Hola, hijo! ¿Traes eso?

—Sí —repuso el otro, pasándole el maletín.

—Hasta luego.

Y cuando el taxi desapareció, el viejo Thomas caminó hasta donde trabajaba escondiendo el maletín en el interior de los arbustos.

Luego siguió trabajando como si nada.

En realidad, en cuanto cogió las tijeras de poda, olvidó todo lo que acababa de suceder y si alguien le hubiese dicho que su yerno acababa de entregarle un maletín viejo y usado, lo hubiera tratado del peor de los embusteros.

A la una, la potente sirena de la base dejó oír su prolongado ulular y los dos mil obreros que trabajaban en aquel hormiguero fabuloso, salieron corriendo hacia los parques de aparcamiento donde, apoderándose de los vehículos, tomaron la autopista central que conducía a la ciudad.

Thomas se secó el sudor de la frente —la mañana era espléndida y anunciaba una primavera sin precedentes—, dejó sus herramientas en el suelo y se dirigió sin la menor vacilación al matorral donde había escondido el maletín.

Conocía el parque mucho mejor que su propia casa y tomó una serie de sendas por las que podía caminar tranquilo, ya que nadie, ni desde las torretas de observación, podía verle. Luego al llegar junto al edificio principal, siguió hasta detenerse en uno de los sistemas de aireación; una especie de tremendos embudos que comunicaban con los talleres subterráneos.

Abrió el maletín, sacó las cajas, que unió con una cuerda que extrajo de uno de los bolsillos, teniendo sumo cuidado en dejar una caja, marcada con una raya amarilla, en la parte externa del paquete que acababa de hacer.

Después, rompiendo el papel amarillo, dio cuerda a una manivela que tenía toda la apariencia de la de un reloj.

Dejando caer el todo por uno de los embudos, tornó a coger el maletín y se dirigió, tranquilo y pausadamente, hacia el lugar donde

estaba trabajando.

* * *

Hacia las dos de la tarde, la ciudad de los Ángeles se estremeció, como si se viese sacudida por un fenómeno sísmico. Allá lejos en la Base de Astronáutica, una nube gigantesca trepó perezosamente hacia el cielo.

Cientos de miles de cristales saltaron en los edificios.

El pánico se apoderó de la gente y hubo numerosos accidentes de tráfico debidos al susto de los conductores.

A las tres y media, todo había pasado.

Las emisoras de televisión empezaron a dar las primeras noticias a la caída de la tarde. Una rigurosa censura militar les obligó a disminuir la real importancia de la catástrofe y aprovechando el reducido número de víctimas lo explicaron como un accidente en la sección de maquinaria.

Naturalmente que nadie hizo caso, durante los dos días siguientes, de la sección de sucesos de los periódicos ya que se dedicaban las primeras planas a la catástrofe de la base.

Así pues, no se podía echar la culpa a los investigadores que habían llegado directamente de Washington a cuya cabeza estaba Warner Collier, un verdadero especialista en sabotajes y acciones de grupos extranjeros de no buscar la explicación del misterio en dicha crónica.

¿Cómo podía imaginar Warner que la solución del problema estaba en la pequeña crónica de sucesos de la ciudad?

Por ejemplo: un tal mister Turner se había suicidado, sin dejar nota alguna que explicase su tremenda solución. Y un pobre tipo llamado Purkins, fue detenido por repartir falsas invitaciones de circo. Un chico llamado Edward atendido con una depresión a causa de vérsele todas las horas del día ensimismado mirando unas entradas falsas de circo y una tal Señora Podgie, que dedicó todo un día a llamar a la telefónica cada tres o cuatro minutos preguntando, como si no lo hubiera hecho ninguna vez, si podían decirle si ella había hecho una llamada o no aquella mañana de la explosión. Pero todo eso pasó completamente desapercibido.

* * *

Warner Collier se pasó horas y horas examinando el lugar de la catástrofe.

Frad Lipner, el ayudante de Collier, lo seguía como un perro haciendo anotaciones de todo.

En realidad la hecatombe había destrozado todo cuando había de valor en la base. Maquinarias costosísimas, cerebros electrónicos y, sobre todo, la astronave que se construía, un artefacto experimental que iba a ser el primero en intentar un viaje, con animales de experimentación, a la luna.

Había pasado ya la guerra de los satélites, iniciada por la URSS, el 4 de octubre de 1957 y eran ya una docena de cuerpos que giraban alrededor del planeta, pertenecientes a cuatro naciones distintas.

Ahora se trataba de algo mucho más importante.

Las informaciones recogidas por los satélites artificiales habían demostrado la manera de utilizar la colosal fuerza de los rayos cósmicos. Era un arma que daría la supremacía al primero que la consiguiese. Y la solución de aquel fundamental problema de hegemonía estaba en la Luna, el satélite natural, cuyo dominio traería consigo el mando absoluto sobre la tierra.

Por eso, al conocer la catástrofe acontecida en Los Angeles, en cuya base tenían puestas todas sus esperanzas, el Pentágono y la Casa Blanca sintieron el terror de haber recibido un golpe mortal.

Todo aquello que había destruido en pocos segundos había costado diez años de ímprobos esfuerzos. Y la pérdida de la base, con sus preciosas instalaciones, significaba que cualquier otro país poseería la posibilidad de adelantarse a los Estados Unidos en la conquista de la Luna.

Cuando Warner terminó su detenido examen, hizo un gesto a Fred y ambos salieron al exterior del montón de ruinas en que había quedado reducida la base.

—¿Qué te parece todo esto? —inquirió Lipner.

—El más fantástico triunfo de los boicoteadores y saboteadores internacionales. Nunca se ha hecho tanto daño a los Estados Unidos

—¿Y los culpables?

Warner se encogió de hombros.

—¿Qué pueden importar los culpables? Aunque los detengamos, no pagarían, con mil vidas que tuviesen cada uno de ellos, el mal que han hecho.

Y después de una pausa.

—El mal ya está hecho. Washington debe estar que arde. La derrota ha sido mucho mayor que si hubiesen bombardeado a Nueva York con bombas nucleares. ¡Estamos irremisiblemente perdidos!

—¿Y no hay manera de arreglarlo?

—Sí, una: destruir las instalaciones similares que poseen las otras naciones. Pero, además de que el proyecto es casi completamente irrealizable, provocaría sin duda alguna una tercera Guerra mundial. ¡Han sido muy listos los que hayan hecho esto!

—Los rusos ¿verdad?

—¿Quién puede saberlo? Ya no tenemos tantos amigos como hace diez años. Francia e Inglaterra han logrado independizarse por completo, así como la mayoría de los países europeos. Ya no nos necesitan.

Se les acercó entonces el director de la fábrica destruida.

Era un hombre joven, pero su rostro descompuesto le hacía parecer un viejo. Tenía los ojos hinchados en extremo y las manos le temblaban extraordinariamente.

—¿Qué piensa usted de todo esto, Warner? —inquirió con voz débil.

—Que es un asunto muy feo, señor Power. ¡Han dado bien en el blanco los granujas!

—Estoy desesperado.

—Lo comprendo. Pero no creo que la cosa sea especialmente grave para usted. Poseemos pruebas evidentes de que el servicio de seguridad funcionaba estupendamente bien. Los cadáveres de los centinelas han sido encontrados en sus puestos respectivos, lo que demuestra que todo estaba en orden. Las células fotoeléctricas contaron perfectamente a los obreros y no existe huella alguna de que ninguno de ellos introdujese nada peligroso sospechoso en la base.

—¿Cómo explicar entonces lo ocurrido?

—Será un misterio insoluble, señor Power. Por mucho que nos rompamos la cabeza, no lograremos descifrarlo jamás. El trabajo, indudablemente, ha sido realizado de una manera intachable y los

que hicieron este sabotaje son verdaderos maestros en su género.

Hubo un corto silencio.

Luego, al ver lo compungido que estaba aquel pobre hombre, cuyo historial era ciertamente magnífico, desde todos los puntos de vista. Warner le puso amistosamente la mano en el hombro.

—No se amargue demasiado, Power; ya no se puede hacer nada. Yo regreso a Washington, ahora mismo para informar.

Se estrecharon la mano y los dos investigadores se dirigieron al coche que los llevaría al aeródromo.

CAPITULO II

El timbre del teléfono resonó con insistencia desconcertante.

Warner se despertó bruscamente, extendiendo el brazo, aún con los ojos cerrados, hasta apoderarse del aparato.

—¿Helio?

—¿Collier? ¿Estoy hablando con Warner Collier?

—Sí.

—Aquí Departamento del Estado. Mister Fumigan, el secretario, desea verle inmediatamente.

¡El secretario de Estado en persona!

Warner había reconocido la voz y pegó un verdadero salto, despabilándose de golpe.

—¡Voy ahora mismo, señor!

—Está bien.

Y colgó.

Warner se vistió a una velocidad tremenda y quince minutos después, tras haber corrido frenéticamente con su coche por las dormidas avenidas de la capital federal, se detenía ante la Casa Blanca, cuya entrada estaba, como siempre, profusamente iluminada.

Un «M.P» le condujo hasta el despacho particular de Fumigan.

El secretario de Estado era un hombre bastante joven. Sus cabellos, intensamente negros, contrastaban poderosamente con las cejas rubias, casi blancas, qué parecían, bajo el efecto de la luz, no existir, dando la impresión de que poseía una frente descomunal, de genio.

—Siéntese, Collier.

El joven obedeció:

—Se habrá extrañado, estoy seguro, de que le llamase a estas altas horas de la madrugada; pero amigo mío, yo también he sido despertado, hace poco y he de confesar que me alegro de ello.

Encendió un cigarrillo, después de ofrecer otro a Warner y recostándose en el sillón:

—Cinco embajadas me han llamado esta madrugada, Collier. Las cinco, por medio de sus agregados militares, la misma sensacional noticia.

—¿De qué se trata, señor?

—Las bases astronáuticas de todas las potencias que las poseían han sido destruidas...

—¡No es posible!

—Eso mismo fue lo que yo pensé. Me pareció estar oyendo visiones si puedo utilizar esa frase. Me hice repetir el mensaje. Lo hice traducir en tres sistemas distintos. Examinamos la autenticidad de las claves, pedimos confirmación media docena de veces; en fin, obramos como una banda de chiquillos que acaban de encontrar, en medio de la calle, un billete de cien dólares y no pueden dar crédito a los ojos.

—¡Pero eso es maravilloso, señor!

—Por el momento, sí; en efecto, es la mejor noticia que podíamos recibir.

—¿Por qué «de momento», señor?

—Porque no acabo de digerir tan tremenda serie de noticias. Si todo esto es verdad, cosa que comprobaremos en las próximas cuarenta y ocho horas, unas preguntas horribles se nos presentan, amigo mío: ¿Qué está ocurriendo en el mundo? ¿Qué pasa? ¿Por qué han sido destruidas todas las bases astronáuticas de la Tierra? ¿A quién puede interesar todo esto?

—¡Me da vueltas la cabeza, señor!

—A mí también. He pasado casi toda la noche, desde que empezaron a llegar las llamadas, en un caos mental. He intentado explicarme el fondo de este asombroso asunto. Y la única solución es imaginar la existencia de alguna organización nacional, de una secta especial que se haya propuesto que el hombre no salga al espacio.

—¿Qué es lo que ganarían esos individuos con ello?

—¿Qué se yo? Puede que se trate de alguna organización religiosa, cuyas ideas especiales tengan que ver algo con nuestras investigaciones en el espacio exterior.

—¡Pues deben de poseer unos medios maravillosos!

El otro frunció el entrecejo.

—Eso es precisamente, lo que me hace desechar mi idea. ¿Qué grupo humano será capaz de hacer instalaciones supervigiladas en todo el mundo? Los saboteadores internacionales que los servicios secretos mantienen; con toda clase de lujos, no serían capaces de realizar una serie de atentados de ese tipo.

—El fanatismo es una palanca, señor.

—Sí, ya lo sé; pero con sólo el fanatismo no se hace nada; al menos de la manera con qué se ha realizado este ambicioso plan de destrucciones.

—¡Es para volverse loco!

—Sí. Lo que interesa ahora, Collier, es que se ponga usted inmediatamente a trabajar.

—Usted dirá, señor.

—Quiero que entre en comunicación con todos los agentes que tenemos en esos países. Necesito una información detallada y veraz. Quiero convencerme, sin ningún género de dudas, de que las destrucciones de las bases de astronáuticas han sido tan importantes y definitivas como la acontecida en Los Angeles.

—Me pondré inmediatamente a trabajar, señor.

—¿Cuándo cree poder entregarme el informe?

—Mañana por la noche. ¿Le parece muy tarde?

—No, pero no lo demore más. Quiero presentarlo al presidente, antes de que el Pentágono tome cartas en el asunto.

—Perfectamente, señor.

Una vez en su coche, Warner sintió el mismo caos que debía reinar en la mente del secretario de Estado y que se apoderaría de los cerebros privilegiados de los miembros del Pentágono.

Nada más llegar a su casa, telefoneó a Fred, ordenándole que se dirigiera al Departamento de Investigación Federal, donde lo halló media hora después.

—¿Qué demonios pasa? —inquirió el otro, con un bostezo impresionante.

—Ponte ante el teletipo y empieza a llamar al corresponsal de Rusia.

—Pero, ¿no puedes decirme el motivo?

—En seguida lo sabrás. Obedece y calla.

Tecleó rápidamente Lipner y no tardó en aparecer el testo en clave, indicando que el agente en la URSS estaba a la escucha.

—Utiliza la clave «alfa» y pregúntale el verdadero alcance de destrucción de la base astronáutica rusa.

Fred se volvió hacia él, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Eh? ¿La base soviética destruida?

—Haz la pregunta; tenemos muy poco tiempo.

Lipner obedeció y cuando hubo terminado de transmitir el

mensaje dijo:

—Tardarán un poco en contestar.

—Ya lo sé. Haz la misma pregunta a nuestros agentes de París, Londres, Roma, Madrid y Berlín.

Fred no salía de su asombro.

—¿No me irás a hacer creer que nosotros... hemos hecho todo eso?

—No, preguntón. Aunque debía ser el balance de nuestro trabajo.

—¿Quién ha sido entonces?

—Sé tanto como tú. Limítate a enviar los mensajes. Ya te he dicho que tenemos mucha prisa.

Una hora más tarde, los mensajes empezaron a aparecer, ya descifrados por la máquina de claves:

«Destrucción total. Policía soviética busca desesperadamente culpables. Stop. Purga gigantesca en preparación. Stop.

»Base francesa en alrededores de Lille completamente destruida. Stop. Pocas bajas. Stop. Las autoridades no se explican la hecatombe. Stop.

«Sensación en toda Italia. Stop. A pesar de medidas censura emisoras de televisión ha transmitido dimensiones catastróficas de la explosión en alrededores de Milán. Stop.

»Base de Aranjuez, alrededor de Madrid, completamente destruida. Stop. Astronave, casi concluida, ha desaparecido. Stop. Numerosas bajas ya que la catástrofe se produjo en pleno trabajo. Stop. Autoridades y científicos consternados.

»Scotland Yard ha lanzado todos sus agentes, desperdigándolos por todo el Reino Unido. Stop. Apelación inmediata a los comunes. Stop. Partido conservador en oposición ha pedido responsabilidades. Stop. Base completamente destruida. Stop.

»Berlín. Stop. Canciller reunido desde hace treinta horas. Stop. La destrucción de la base junto a Munich ha sido completa. La opinión pública culpa agentes soviéticos de destrucción. Stop. Manifestaciones formidables alrededor de embajada URSS. Stop.»

Fred no salía de su asombro.

—¡No es posible! —decía—. ¡No es posible! ¡El mundo entero está más loco que un rebaño de cabras!

—Esa es la primera gran verdad que has dicho. Y lo malo es que la locura del mundo acabará con todos nosotros.

—Pero, ¿quién ha provocado todas esas destrucciones, Warner?

—¡Si lo supiese!

Fred lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Tiene gracia! —exclamó—. Hace unos días temblábamos ante la posibilidad de que alguna nación consiguiese salir al espacio exterior. Hoy, ahora mismo, volvemos a estar todos en pie de igualdad, como cuando empezamos a trabajar en el proyecto «Luna».

—Por esa parte —acepto el otro—, puedes estar tranquilo, amigo mío. Pero, o mucho me equivoco o este asunto va a traer cola.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si como piensa el secretario de Estado, estas destrucciones han sido realizadas por una organización internacional, ésta comenzará a actuar en cuanto alguna nación reanude sus trabajos sobre astrofísica.

—¡Pero ahora estamos prevenidos y no les dejaremos hacer así como así!

Warner sonrió.

—¿Más prevenidos de lo que estamos? ¿Qué podremos hacer? ¿Duplicar los servicios de seguridad? Ya sabe que fuimos nosotros los que montamos los de la base de Los Angeles y que ni una rata podía entrar en el interior sin que se desencadenasen los sistemas de alarma y localización... Si logramos penetrar sin que éstos funcionasen y llevar a cabo su labor, retirándose después tranquilamente, serán capaces de penetrar en la misma Casa Blanca y llevarse al presidente sin que su propia esposa lo note.

—Todo eso está muy bien; pero yo siempre he creído que el autor del sabotaje ERA UNO DE LOS DE DENTRO.

—¿Has perdido la razón, Fred? Todos los individuos que forman parte de los servicios de seguridad eran tipos seleccionados con todo cuidado. En cuanto a los obreros, si a estos te refieres, los aparatos de la entrada hubieran detectado la presencia de un sacapuntas en los bolsillos de alguno de ellos. No, Lopner; seguirá siendo un asunto oscuro que, por desgracia tardará mucho en aclararse, si es que se aclara alguna vez.

—¿Crees que habrá ocurrido lo mismo en las otras naciones?

—Por los informes que tú mismo acabas de recibir, me parece

que sí. La policía y servicios secretos de esos países deben estar como nosotros: completamente desorientados.

Hubo una pausa y ambos encendieron sendos cigarrillos. Por la ventana del departamento, la luz difusa y grisácea del alba empezó a penetrar lentamente.

Fue entonces cuando el teletipo empezó a funcionar, vertiendo líneas en la larga cinta que salía de él.

—¿Viene en clave? —inquirió Warner.

—Sí.

—Pásalo al traductor.

Fred terminó su labor y volvió hacia su jefe. Una mortal palidez cubría su rostro.

—Léelo —ordenó el otro.

«PARIS. STOP. NOTICIAS DIGNAS DE CREDITO COMUNICAN QUE SE HA DEJA DO DE OIR, HACE UNA HORA, LA SINTONIA RADIAL DEL SATELITE ARTIFICIAL GALO. STOP. LOS OBSERVATORIOS SUIZOS HAN COMUNICADO HABER VISTO UNA SERIE DE EXPLOSIONES EN LAS ALTAS CAPAS DE LA ATMOSFERA, CUYO ORIGEN DESCONOCEN HASTA EL MOMENTO PRESENTE. STOP. FIRMADO M-6L8.»

Y después de una pausa:

—¿Qué te parece?

—No lo entiendo, ésa es la verdad.

De repente se puso en pie, tembloroso, precipitándose hacia el aparato telefónico, que descolgó bruscamente para marcar nerviosamente un número.

Fred le miraba sin comprender.

—¿Oiga? ¡Señorita! ¡Servicio especial inmediato! Sí, Departamento de Investigación y Seguridad del Estado. ¿Con quién? Observatorio del Monte Palomar, Sección de Astrorradiotelefonía. ¡Rápido por favor, señorita!

Esperó unos instantes, mordisqueando el cigarrillo

que seguía teniendo entre los labios.

Luego lo tiró bruscamente y lo aplastó con el tacón del zapato al tiempo que decía:

—¿Profesor Dumber? ¿Es usted? Soy Collier, del Servicio. Bien,

¿y usted? Escuche, Dumber, ¿hay noticias de nuestro satélite artificial?

Hubo un corto silencio.

—¿Quiere hacer el favor de comprobar, Dumber? Sí, espero.

Otro silencio esta vez más largo.

Después repentinamente, mientras llegaban a los oídos de Fred, que seguía el mensaje en la mano, el rumor de las palabras del comunicante, observó la contracción del rostro de su jefe, el fruncimiento de su entrecejo y la nerviosa manera de morderse los labios.

—Está bien, Dumber. Informaré… No, no se preocupe. Todo el mundo lo comprenderá. Adiós profesor.

Colgó.

Parecía haber envejecido bruscamente. Y avanzó con la cabeza entre los hombros, dejándose caer en el sillón vecino al teletipo.

—¡Perderé el juicio! —dijo con un tono de voz vencida.

—¿Qué ha pasado?

—Que nuestro satélite artificial ha dejado de existir.

—¿Como el francés?

—Como todos los demás seguramente. ¡Dios santo! ¿Qué ha pasado en el mundo? ¿Quién puede poseer un poder tan tremendo?

—¿No crees en la posibilidad de que estemos siendo atacados por gente de fuera del planeta? ¿Qué opinas?

—¡Bah! ¡Bobadas! Eso estaba bien hace diez años, cuando la gente creía en los platillos volantes, cuando se hablaba hasta la saciedad de los problemas del espacio, desfigurados por una literatura repleta de exageraciones. ¿Dónde están las astronaves? El control del espacio exterior está, hoy, sometido al hombre.

Millones de aparatos de radar no dejarían pasar una mosca que llegase de fuera…

—¡No Fred, no! Esto está hecho por gente como nosotros, por alguien que, mientras nos hemos confiado estos años, ha formado la más poderosa organización de la Tierra. Tendrán máquinas, aparatos, sabios, consejeros. Una especie de sociedad secreta que quiere apoderarse del mundo.

—¡Pero eso es horrible!

—Todo lo que quieras, pero es lo que más puede acercarse a la verdad.

—¿Cómo combatir a esa gente?

—¡Difícil, amigo mío! Por no decir imposible. ¿Cómo luchar contra la gente que vive con nosotros, que son indudablemente tan ciudadanos norteamericanos como tú y yo, que gozan de la amistad y la confianza de sus amigos, de su familia? Y así, en todos los países de la Tierra, con poderes ilimitados y una fe extraña que les lleva a obedecer ciegamente, a realizar cosas que normalmente parecen imposibles.

¿Cómo habrán podido destruir los satélites artificiales?

—Seguramente utilizando proyectiles dirigidos. Sin embargo, eso supone un poder formidable, una gran organización, métodos de trabajo inconcebibles.

—¡Estamos arreglados!

—Sí. Ha llegado la hora de luchar contra algo indecible. Veremos cuál es el primer paso que dan los miembros de esa organización. Creo que las sorpresas no han hecho más que empezar.

CAPITULO III

Fue en Holanda donde, de la mañana a la tarde, surgió a la luz del día, descaradamente, la primera organización de Hombres antiespaciales.

Van Turgertot, un hombre de unos cuarenta años, ebanista de oficio, se convirtió repentinamente en el líder de un grupo, que no dejó de crecer, incrementándose rápidamente con asociados de todos los estamentos sociales.

Las consignas empezaron a aparecer en los más importantes diarios del país:

«ESTAMOS HARTOS DE SOPORTAR Y SUFRAGAR LOS GASTOS DE EMPRESAS DEDICADAS EXCLUSIVAMENTE A LA PREPARACION DE BASES DEL ESPACIO, DESTINADAS AL DOMINIO DE LA TIERRA POR LA FUERZA

«DESEAMOS EVITAR UNA HORRIBLE GUERRA DEL ESPACIO.

»NO PERSEGUIMOS MAS QUE UN OBJETIVO: LIMITAR LOS TERRIBLES PODERES BELICOS DE LAS NACIONES Y ASEGURAR UNA PAZ ESTABLE. ¡Y LO LOGRAREMOS.»

Una rápida investigación demostró que Van Turgertot era un pobre hombre, un visionario, que carecía de medios para poder achacarle los destrozos que preocupaban a todas las naciones civilizadas.

Pero, cuando unos meses más tarde, desde Buenos Aires hasta Canadá; desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Finlandia y desde Australia a Siberia, empezaron a aparecer organizaciones semejantes a la creada por el ebanista holandés, los gobiernos sintieron que el peligro tomaba forma.

En realidad, los miembros de las organizaciones no hacían más que hablar y escribir. Centenares de conferencias y mítines, miles de artículos y docenas de libros vertieron sobre el mundo las nuevas ideas, sin que se pudiese hacer gran cosa por evitarlo, ya que en ningún caso hubo desórdenes ni manifestaciones que alterasen el orden público.

Hasta que empezaron los nuevos ataques directos.

* * *

Todos debían haberse asombrado de las instrucciones que acababa de darles el general en jefe; pero ninguno de los altos jefes que formaban parte de la reunión, antes de las maniobras combinadas, dijo una sola palabra.

Se limitaron a asentir con la cabeza.

Seis horas después, trescientos mil hombres, dotados del material bélico más moderno, iniciaban las maniobras en el norte del país.

Nadie sabía lo que iba a ocurrir; pero cuando al llegar al borde del océano, empezaron los soldados a tirar los fusiles, las ametralladoras, los bazokas, los morteros y los cañones de acompañamiento al agua, cuando los tanques se despeñaron, después de que sus conductores los hubiesen abandonado en marcha, y cuando, desde el cielo, cayeron los aparatos, mientras florecían los copos de los paracaídas, la confusión fue enorme.

Mil millones de dólares acababan de desaparecer en pocos minutos.

Pero aquello no era más que el comienzo.

Desde todas las partes del mundo empezaron a llegar noticias de hechos semejantes.

En los mares, escuadras enteras se habían hundido, por orden expresa de sus almirantes, después de que los hombres hubiesen abandonado los navios.

Escuadrillas de aviones de todos los tipos habían ardido en cientos de campos de aviación siendo los incendios provocados por soldados que habían recibido órdenes expresas y concretas de sus superiores.

Un viento de locura parecía pasar sobre el globo.

Se procedió a rápidas investigaciones y empezó la racha de los juicios sumarísimos, seguidos de fusilamientos y ejecuciones en masa.

Un mes después, los ejércitos de las grandes y pequeñas potencias carecían de mandos, ya que todos, o casi todos, habían pagado con sus vidas las órdenes que se atrevieron a promulgar.

Sin embargo, cosa curiosa, ninguno de los encartados en los juicios se declaró culpable; todo lo contrario: clamaron su inocencia, negando rotundamente el haber dado orden alguna para que el

material de guerra fuese destruido.

Y más curioso aún, los miles de oficiales y soldados llamados como testigos de cargo, declararon lo mismo; ellos no habían recibido orden alguna Y NO HABIAN DESTRUIDO ABSOLUTAMENTE NADA.

No, no parecía haber solución para aquel horrible problema. Al principio, las naciones creyeron que se trataba de una nueva maniobra política del Kremlin; pero cuando se supo a ciencia cierta que en Rusia estaban padeciendo el mismo mal, olvidaron sus desconfianzas y cada cual intentó resolver el problema a su modo.

Pero no había nada que hacer.

Hasta que aquella tarde, el doctor Faulker, de la ciudad de Nueva York, joven dotado de una personalidad poderosa que había cosechado triunfos resonantes en su difícil especialidad.

Aquella tarde, el médico, como la mayoría de los habitantes de todas las ciudades del mundo, estaba pendiente del televisor, donde se transmitían los boletines informativos de última hora.

Justamente, el viso-locutor acababa de comunicar la serie de huelgas que se habían desencadenado en Europa. Los obreros de las industrias que se dedicaban a la fabricación de material bélico habían abandonado sus lugares de trabajo de una manera definitiva.

Por otra parte, la organización anti-espacial había prometido ayudar a aquellos obreros, subvencionando todos sus gastos vitales, hasta que el gobierno, convencido de la inutilidad de fabricar armas, los emplease en otra clase de industrias.

Edwin, con el entrecejo fruncido, intentaba, como tantos otros, explicarse psicológicamente aquel horrendo problema por el que atravesaba la humanidad. Estaba tan absorto en sus meditaciones, que puso muy mala cara cuando su enfermera le anunció la presencia de un enfermo.

Generalmente, los sábados por la tarde nadie iba a su consultorio; pero Faulker, desde hacía muchísimo tiempo, había adquirido la costumbre, de quedarse en casa y recibir, extraordinariamente, al que se presentara.

—¿Quién es? —inquirió a la enfermera.

—Un hombre de unos cuarenta años. Tiene un aspecto muy raro.

Él sonrió.

—¿Es que no son raros todos los enfermos de este consultorio,

señorita Ellen?

—No quiero decir eso, doctor. El hombre que está en la salita parece distinto, diferente a los demás.

—¿En qué? ¿Tiene dos cabezas o seis brazos? Creo Ellen, que lee usted demasiadas novelas fantásticas.

Ella frunció el entrecejo.

—No es eso, doctor —insistió—. Si me refería a algo «extraño» en el enfermo que le espera, es porque me ha parecido ser uno de esos hipnotizadores que he visto en el teatro.

—Vamos allá —dijo él, levantándose—. Y si no salgo pronto de la sala, venga en seguida en mi ayuda; es posible que ese hombre me haya sometido a un terrible poder hipnótico.

Salió, sonriendo, dirigiéndose a la salita.

Ellen tenía razón.

El hombre era delgado, huesudo y sus dos ojos, grandes y negros, destacaban sombríamente en su rostro, dominándolo por completo. El brillo intenso de sus pupilas produjo una sensación desagradable en Edwin.

—Buenas tardes —saludó.

El otro se puso en pie, devolviendo cortésmente el saludo; luego, con una voz sumamente apacible:

—Ha de perdonarme, doctor, pero eras necesario que viniese a verle, aun siendo sábado por la tarde.

—No se preocupe y tome asiento. A menos que desee echarse en la *chasse-longue.*

El desconocido sonrió.

—No doctor; yo no vengo a explicarle mis sueños, mis fobias o mis complejos. Vengo, sencillamente a pedirle ayuda y consejo.

—Eso es lo que suelen hacer todos mis pacientes.

—Ya lo sé; pero, de todos modos, mi caso es distinto.

Iba Edwin a decirle que todos decían igual, pero se detuvo limitándose a decir:

—Diga usted; le escucho.

El otro entornó los ojos y sus pupilas adquirieron un brillo ciertamente singular.

—Me llamo Carlo Ponti, ciudadano estadounidense, pero oriundo de Italia. Vine aquí de niño, junto con mis padres. Mi padre que se llamaba Cario, como yo, era hipnotizador en un circo internacional.

Lo mismo que yo.

Edwin prometió felicitar a Ellen por su perspicacia.

—Mi padre poseía poderes ciertamente importantes, pero limitados. El decidir que yo siguiese su carrera no fue, puedo asegurárselo, una cosa premeditada. Yo deseaba estudiar mecánica y hasta los dieciocho años no hice otra cosa.

»Fue por aquel entonces la noche última del año, cuando trabajando en el taller donde teníamos que ultimar una labor que no podía esperar y por la que nos pagaban extraordinariamente bien, sentí repentinamente como un extraño relámpago que me cegó, obligándome a permanecer con los ojos cerrados por espacio de un par de minutos.

»Durante ese tiempo vi perfectamente, con una nitidez extraordinaria, mi casa, mis padres, y fuera, en el diminuto jardín, un hombre armado que trataba de introducirse en nuestro domicilio. Lo logró y mi madre gritó un nombre que no pude entender. Después la horrible escena se desarrolló ante mí, como una película. El hombre disparó contra mi padre y mató a mi madre inmediatamente después…

Se detuvo. Gotitas minúsculas de sudor perlaban su frente.

—¿Y… era verdad? —inquirió el psicoanalista.

—Sí. Corrí a mi casa y me encontré con el cuadro que había visto. Mi madre estaba aún viva y me explicó el origen de la tragedia. Aquel hombre había sido su novio, en Italia antes de que conociese a mi padre y se casase con él. Movido por un ataque de locura. Pietro, que así se llamaba el desdichado, atravesó el Atlántico con el único deseo de matar a la pareja que, para él, era una prueba permanente de infidelidad.

—¿Se dio usted cuenta entonces de que poseía poderes telepáticos?

—Sí. Verdaderamente, no reaccioné hasta mucho más tarde, ya que quedé anonadado ante la tragedia familiar. Los vecinos, italianos como nosotros, me ayudaron mucho en aquellos tristes trámites y se encargaron igualmente de llamar a la policía. Todo lo que pudimos decirle fue que el asesino se llamaba Pietro.

»Pero cuando llevado por mi dolor, les expliqué lo que me había ocurrido, guiñaron el ojo a los presentes, creyendo que yo no los veía, y acompañaron su gesto con una expresión de conmiseración.

—Le tomaron por loco, ¿verdad?

—Sí. Y hasta llegaron a sospechar de mí. Pero el asesino había dejado huellas suficientes, aunque no las que la policía necesitaba para detenerlo, puesto que, como se descubrió después, Pietro había entrado fraudulentamente en los Estados Unidos.

Cesó de hablar, permaneciendo estático, con los ojos entornados, como si se concentrase poderosamente.

—¿Y luego? —inquirió el médico.

—ESTAN INTENTANDO DOMINARME, HACERME CALLAR… —dijo el misterioso personaje con los ojos completamente cerrados.

A Edwin le pareció que las cosas se aclaraban repentinamente.

Aquel desdichado debía padecer una paranoia, la forma más agresiva de esquizofrenia.

Pero el psicoanalista estaba acostumbrado a tratar con enfermos mentales y no experimentó el menor temor.

—¿Quién intenta dominarle, impedir que hable?

El otro abrió los ojos.

—No, no es nada; ya pasó.

Y tras una pequeña pausa, durante la que su rostro, se había contraído dolorosamente, se serenó.

—Le decía antes —prosiguió—, que tardé mucho tiempo en darme exacta cuenta del valor del poder que poseía. Lo utilicé en el circo, cuyo director se alegró de que rellenase el hueco que había dejado mi padre. Pronto le demostré que mis poderes eran muy superiores a los de mi antecesor. Al mismo tiempo yo me iba acostumbrando a aquella manera de inmiscuirme en el pensamiento de los demás, logrando ahondar cada vez más en le mente ajena…

»Hasta que un día me percaté de que podía castigar al hombre que había asesinado a mis padres.

»Me concentré, cada vez con mayor intensidad, buscando al hombre cuyas ideas debían estar impregnadas en el asesinato cometido. Tardé mucho, muchísimo en encontrarlo. Pero un día establecí comunicación, telepática, con él. Era un contacto lejano y turbio, muy impreciso e inconstante.

»Pedí permiso en el circo donde trabajaba y cogí mi coche, empezando a alejarme de la ciudad en todas direcciones, hasta que pude determinar HACIA QUE LADO SE HALLABA LA FUERZA ATRACTIVA DE AQUELLA MENTE.

»Lo demás fue sencillísimo. No tardé nada en llegar a la ciudad donde estaba el criminal. Mientras me acercaba, sintiendo cada vez con mayor intensidad el influjo de su mente, pensé seriamente en tomarme la justicia por mi propia mano; pero, razonando, llegué a la conclusión de que aquella manera de vengarme podría costarme muy cara.

»Una vez en la ciudad, descubrí a Pietro. Estaba viejo, apesadumbrado y con una fuerte reacción neurótica. No me fue difícil influir en su cerebro, hasta que logré que se presentase a la policía, declarándose culpable del doble asesinato que había cometido años antes. No lo condenaron; su estado mental era suficiente y fue recluido en un frenocomio…

Guardó silencio, durante largo rato. Edwin lo respetó hasta que consideró normal interrumpirlo.

—¿Qué le ocurre ahora? Antes dijo que «alguien» intentaba dominarle e impedirle hablar, ¿no es verdad?

El hombre sonrió de una manera significativa.

—Ya sé lo que está pensando, doctor. Olvida usted que soy telépata.

El médico se sintió intranquilo; en realidad, era la primera vez que se encontraba ante un probable enfermo capaz de leer su pensamiento.

—Sí —prosiguió el otro—. Veo perfectamente que me está usted diagnosticando de «paranoia». Y no crea que no sé que tiene usted perfectos motivos para juzgarme de esquizofrénico. Mis síntomas corresponden exactamente a la dolencia que usted me imputa.

—Pero yo…

—Perdone que le interrumpa, doctor. El asunto es demasiado grave y no creo que pueda disponer de mucho tiempo. «Ellos» son verdaderamente muy poderosos.

—Le escucho. —Se resignó Edwin, dispuesto a escucharle.

—Verá usted. La cosa sucedió hace muy poco. Recibí una impresión fuertísima, una de esas «llamadas» cuyo calibre excedía a todas las que había recibido en mi vida telépata.

Faulker preguntó con curiosidad.

—¿Quién la hacía?

—Déjeme explicar. La llamada fue tan intensa, tan potente, que me alarmé; pero, a pesar de todo, me preparé para resistirla y

analizarla. Deseaba saber de dónde procedía. Fue entonces cuando me percaté de QUE NO ME ESTABA DIRIGIDA; la había captado por mi sensibilidad. Sin querer había interceptado.

—Faulker estaba ya interesado.

—¿Entonces?

—La llamada iba dirigida a una masa enorme de hombres. Por el momento, tan fantástica me pareció, que casi lo tomé a broma. Ya sabe usted que hay desaprensivos telépatas que, a veces y para divertirse utilizan sus poderes para ridiculizar a alguien. Pero el contenido de la orden telepática se cumplimentó después. Entonces me di cuenta de que «ellos no bromeaban». La orden había sido dada en serio.

Y después de una pausa, como si necesitara tomar impulso:

—LA ORDEN IMPELIA A LOS MIEMBROS DE NUESTRO EJERCITO A DESTROZAR TODA CLASE DE ARMAMENTOS Y MATERIAL BELICO DURANTE LAS MANIOBRAS.

Edwin abrió desmesuradamente los ojos al oír aquellas palabras.

—¿Está usted seguro de lo que dice?

—Completamente. Como todos los hombres del mundo, yo estaba preocupado por la serie de hechos anormales que se han ido produciendo en la Tierra. La existencia de una organización pacifista no me convencía plenamente.

—Ni a mí tampoco.

—Naturalmente. Por eso, cuando me di cuenta de la naturaleza de la llamada y de su casi inmediato resultado, me percaté de la importancia del peligro que nos amenaza.

—¿Puedo saber de donde procedía la llamada telepática?

—Me costó muchísimo lograrlo. Porque, como le hubiese ocurrido a otro cualquiera, yo no podía concebir la VERDAD.

—¿Y esa verdad?

—Es sencillamente espantosa. Porque la llamada telepática, mi querido doctor, viene del espacio...

—¿Eh?

El hombre sonrió con una expresión de cansancio indecible.

—Esperaba su natural asombro. Es tan inconcebible que otra persona cualquiera, que no fuese usted, habituado a los problemas de la mente, me hubiese tomado por un loco. Por eso vine a verle. Es tan importante mi casual descubrimiento que puede permitir que

nos preparemos para la más horrenda de las guerras.

Ya no es, como soñó Wells, una guerra de mundos, un combate entre criaturas de distinto planeta, sino algo más alucinante, más horrendo: un combate entre mentes, una lucha entre poderes cerebrales; en una palabra: ¡Una guerra telepática!

CAPITULO IV

Edwin se quedó anonadado, sin saber qué decir ni qué pensar.

—¡Una guerra telepática! —exclamó, al fin.

—Sí, doctor. Y eso explica todo: la destrucción de las bases astronáuticas, las grandes protestas pacíficas, las acciones antibélicas y la aparición de las sectas antiespaciales.

—¡Es tremendo!

—Más de lo que usted se imagina. «Ellos», después de algunas dudas, han llegado hasta mí. Han leído mis pensamientos y desean anular mi poder que, sin duda alguna, ha sido una sorpresa para ellos.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo he presentido. «Ellos» creían que no existían en la tierra poderes semejantes al suyo y se han sorprendido al descubrir que estaban equivocados. Naturalmente, nosotros, los telépatas humanos, no poseemos la ciencia que ellos tienen, ni mucho menos. Quizá, en todo el Globo, no exista más que el Dalhai-Lama.

—¿Quién es?

—Un monje budista que vive en pleno Tíbet. Él es, quizá, el único que podría oponerse al poder de los que desean conquistar este mundo nuestro.

—Pero, sin son tan poderosos, ¿por qué no nos han atacado con sus armas que, indudablemente, han de ser superiores a las nuestras?

—Porque «ellos» no poseen más arma que la telepatía. Son, indudablemente, seres que han evolucionado por el camino de la mente. Y si no han sido capaces de poseer una técnica como la nuestra, lo más lógico es que no lo han podido conseguir por carecer de medios.

—¿Qué quiere usted decir?

—Muy sencillo, doctor. «Ellos» no deben de tener cuerpo. Es decir, de lo que estoy seguro es de que no poseen manos. Ya sabe usted lo que hubiese ocurrido si el Hombre no tuviese manos.

»De no haber perecido en la prehistoria, víctima de los ataques de los animales de aquella época, hubiese evolucionado solamente en el sector mental. Y hubiera llegado, indudablemente, a donde «ellos».

—Comprendo. Lo que no entiendo, siendo seres que carecen de cuerpo o de parte de él, es para qué necesitan nuestro globo terráqueo.

—Eso no puedo saberlo, doctor...

—Comprendo.

Guardaron silencio y Edwin, cuya mente trabajaba a gran velocidad, se vio sorprendido por el otro.

—Es lo mejor que puede usted hacer, doctor. Avisar urgentemente a ese amigo suyo, llamado Warner.

—¿Cómo es posible que...?

Pero sonrió, añadiendo:

—Olvido su facultad telepática, señor Ponti.

—No se preocupe. Estoy dispuesto a acompañarle a

Washington, tal y como usted desea, para contar a su amigo lo que me ha pasado.

»Creo que debemos aprovechar el tiempo. Estoy luchando desesperadamente contra «ellos».

—¿Qué intentan hacer con usted?

—Dominarme, impedir que los hombres sepan la verdad. ¡Me hacen estallar la cabeza!

—¿No le iría bien un hipnótico durante el viaje?

—¡Nunca! ¿No se da usted cuenta de que ellos le están ordenando eso?

—¿Como? —había un tono de terror, en la voz del psicoanalista.

—Sí. «Ellos» saben que un hipnótico adormecería mis fuerzas volitivas, dejándome a su merced. Llevo once noches sin dormir, siempre en guardia.

—¡Vamos entonces! Cogeremos un avión especial.

La primera parte del corto viaje pasó con cierta calma; pero, en cuanto empezaron a acercarse a la capital federal, Ponti empezó a dar muestras de intranquilidad manifiesta.

—Están intentando dormirme —dijo.

—¡Santo Dios! ¡Y yo he olvidado la simpatina! Podía haberle dado una dosis antes de salir de mi casa.

—Procuraré resistir —prometió el otro.

Edwin le contempló en silencio.

Se daba cuenta de la tremenda importancia del descubrimiento que había hecho aquel hombre. Y también del peligro personal que

estaba corriendo.

«Deben hacer trabajar sus poderosas mentes —pensó—, concentrándolas sobre este desdichado...»

Aterrizaron casi en seguida.

Cogiendo del brazo al italiano, que ya iba dando cabezazos, el médico cogió un taxi, instando al conductor para que se apresurase, y dándole la dirección del departamento oficial de su amigo.

Había estudiado en la universidad con Collier y en él pensó en cuanto oyó la fantástica declaración de Ponti. Si había un hombre que pudiese aprovechar el aviso del italiano, ése era, indudablemente Warner Collier.

Al detenerse, con un brusco frenazo, ante la puerta, vigilada por «M.P», Edwin se volvió hacia su acompañante, alarmado por el profundo ronquido que había exhalado el italiano.

—¡Despierte! ¡Despierte!

El otro cabeceó, intentando despabilarse.

Tuvo que arrastrarlo materialmente, hasta el ascensor, ayudado por uno de los agentes de la guardia.

Luego, casi inmediatamente, fue introducido en el despacho de su amigo.

Warner, que estaba con Fred, miró extrañado a aquel hombre que caminaba medio doblado, roncando aparatosamente.

—¿Quién es, Edwin? —inquirió, después de abrazar a su compañero.

Pero el médico no tuvo tiempo de contestar.

Ponti se despertó bruscamente; sus enormes ojos se dilataron hasta parecer desorbitarse por completo. Después, tras lanzar una estúpida y temerosa mirada hacia todo lo que le rodeaba, lanzó un grito espeluznante, intentando lanzarse contra Edwin, al que cogió por la garganta, con el propósito de estrangularle.

Un puñetazo formidable de Warner lo hizo caer sin sentido.

—¡Lo han logrado! ¡Lo han logrado, Warner! ¡Acaban de conseguir lo que se proponían! Se durmió y le volvieron loco.

Collier miró con extrañeza a su amigo. Un escalofrío de horror le recorrió la espalda. Y el temor de que Edwin estuviera en el mismo estado que el hombre que yacía en el suelo, le paralizó.

* * *

La mesa estaba repleta de tazas de café u los ceniceros abarrotados de cigarrillos. Una densa nube de humo flotaba por encima de las lámparas que iluminaban el despacho.

Hacía seis horas que Edwin hablaba, con las cortas interrupciones de las preguntas que Warner le iba haciendo. Por su parte, Fred; después de haberse encargado del italiano, que había sido conducido a una clínica de la ciudad, permanecía silencioso, con los ojos desmesuradamente abiertos y creyendo que le estaban contando el cuento más fantástico que podía crear la mente humana.

Cuando el médico terminó de hablar, Collier asintió con la cabeza.

—Has de perdonarme, amigo mío, si te he hecho repetir hasta la saciedad todo eso. Comprenderás que era muy extraño y que, al principio, me hiciste dudar de tu integridad mental.

—Ya lo sé. Yo también dudé cuando Ponti me explicó lo que te acabo de contar. Me pareció extraordinario.

—Y lo es. Pero, para tu tranquilidad, he de decirte que es la única respuesta satisfactoria a todas las preguntas que nos ha planteado la horrible situación que padecemos.

—¿Crees que podemos sacar algo positivo de todo esto?

Ya lo veremos. Las armas «telepáticas» no se fabrican como los cañones y las bombas nucleares. De todas formas, hemos dado un gran paso y hasta creo que tengo un medio proyecto en la cabeza; un esbozo que deseo plantear inmediatamente al Secretario de Estado… a riesgo de que me mande con Ponti.

—Tendrás que luchar para convencerle.

—Ya lo sé. Pero tengo a mi lado la desesperación que reina en el Pentágono. Ellos aceptarán cualquier fórmula, por descabellada que parezca, con tal de que les haga ilusión de que están haciendo algo para defenderse contra el peligro que les amenaza. Será un consuelo para ellos concretizar al enemigo, aunque éste permanezca invisible e inatacable, al menos por el momento.

—¿De qué proyecto hablabas antes?

—Tú has sido quien ha hablado de él.

—¿Yo?

—¿No has nombrado al Dalhai-Lama?

—Sí. ¿Qué intentas?

—Ir a verle lo antes posible. Tú y Fred me acompañaréis. Si ese hombre es tan poderoso como afirma Ponti, será nuestra arma número uno, el primer cañón con el que apuntamos a esos seres extraños que están enloqueciendo a la humanidad.

* * *

Warner tardó dos horas en volver.

Venía cansado, encorvado y febril; pero la sonrisa —la pobre y débil sonrisa que ornaba su rostro—, demostraba que había ganado la batalla.

—Fue horrible —dijo, nada más entrar—. La mayor parte de los consejeros y asesores se volvieron furiosamente contra mí. Creí que me iban a pegar.

Edwin frunció el entrecejo.

—No debe extrañarte. «Ellos» actúan a través de los cerebros de los hombres. Conocen nuestro proyecto y están luchando desesperadamente por impedir que lo realicemos.

—¿Y nosotros? ¿Por qué no influyen en nuestras mentes?

—Porque por fortuna debemos ser resistentes a su influencia telepática. Pero no debemos fiarnos mucho. «Ellos» pueden intentar muchas cosas para impedir que lleguemos hasta el Dalhai-Lama.

—Partiremos ahora mismo. El secretario, de Estado ha dispuesto un avión militar que nos llevará al Tíbet a toda velocidad.

El avión despegó veinte minutos más tarde.

Fred iba sentado junto al piloto y los dos amigos juntos, en la parte posterior de la carlinga. El aparato era un reciente modelo de reacción, dotado de una autonomía prácticamente ilimitada, ya que utilizaba sus propios productos de desecho, regenerándolos en las turbinas especiales que llevaba superpuestas a las toberas.

—¿Tienes idea de cómo podremos utilizar a ese hombre? —inquirió Warner.

—¿Te refieres al Dalhai-Lama?

—Sí.

—El mismo nos orientará. En cuanto conozca el motivo de nuestra visita.

—¿Crees que sabe ya lo de «ellos»?

—Seguro. Si Ponti, siendo infinitamente inferior al Lama,

descubrió los mensajes telepáticos de esos seres, el Dalhai tendrá ya un completo conocimiento de muchas cosas que nosotros ignoramos.

—¿No habrán intentado destruirle?

—Eso también lo he pensado yo. Y es el único temor que siento.

—¡Estaría bueno que llegáramos tarde!

—No digas tonterías.

Guardaron silencio, ensimismados cada uno en sus propias ideas.

Dejaron el Pacífico, empezando a sobrevolar la China.

—Esto no hubiéramos podido hacerlo hace pocas semanas —dijo Warner—. Los chinos nos hubiesen lanzado todas sus escuadrillas de caza detrás de nosotros. Pero ahora todo ha cambiado. Cualquier aparato, de los pocos que quedan, puede impunemente atravesar los territorios que le plazcan. En cierto modo, la situación se ha tranquilizado mucho.

—Y eso sería tan hermoso si no hubiera detrás la amenaza que se cierne sobre nosotros.

—Sí, eso es precisamente lo que engaña a los lobos que se han dejado arrastrar por las teorías pacifistas de los grupos anti-espaciales. Naturalmente, después de lo que sabemos, estamos seguros de que son «ellos» los responsables de todo.

—Eso está claro como el agua.

Fue un poco más tarde cuando ya estaban sobre Birmania, que el piloto se volvió, mirándoles con los ojos muy abiertos, lanzando una sádica carcajada, que les hizo estremecer.

—¿Qué pasa? —inquirió Warner.

Pero no tuvo tiempo de contestar, lo hizo el piloto.

—¿No han entrado nunca en picado? ¡Será divertido! ¿Creían acaso, banda de imbéciles, que iban a salir con la suya?

El aparato se inclinó peligrosamente y la Tierra empezó a acercarse al avión a una velocidad fantástica.

Pasados los primeros segundos, en los que, debido al cambio de aceleración, se vio aplastado como los otros, contra el asiento, Warner reaccionó rápidamente.

Se puso en pie, lanzándose contra el piloto, al que logró arrancar los mandos del aparato.

—¡Ayudadme a sacarle de aquí! —gritó a los otros.

Fred y Edwin consiguieron reducir al hombre, llevándolo hacia la parte posterior del aparato. Entre tanto el federal lograba enderezar

el reactor.

—¡Uf! ¡Creí que no lo conseguiría! —exclamó con un suspiro de satisfacción.

Ataron al piloto, sujetándole fuertemente a uno de los sillones posteriores. El desdichado babeaba, rugiendo como una fiera.

Edwin miró con temor a su amigo.

—¿Sabes guiar reactores? —preguntó con tono de alarma en la voz.

—Sí. No te preocupes. No lo haré como ése, pero llegaremos al campo de aterrizaje del Dalhai-Lama.

El resto del viaje transcurrió sin ninguna otra novedad.

Warner consiguió, un poco duramente, tomar tierra en un diminuto aeródromo. Cuando terminó de frenar el aparato, lanzó un profundo suspiro.

—¡Creí que no lo lograba! —se limitó a decir.

Y una vez fuera masculló:

—Llevaremos a ese desdichado para que lo alberguen en el monasterio budista.

—¡Nos hemos librado por suerte! —exclamó Fred.

Y Edwin, sobriamente, murmuró:

—Se defienden desesperadamente. Esta es la prueba de que hemos elegido el buen camino.

Algunos bonzos atraídos por la llegada del avión, se acercaron a ellos saludándolos cortésmente.

—Queremos ver al Dalhai-Lama —dijo el médico.

Uno de los bonzos, el de más edad, les miró fijamente.

—No creo que sea fácil —dijo—. El Dalhai-Lama está muy ocupado.

—Es un asunto de la mayor importancia —insistió Warner—. Tome nuestras credenciales —agregó entregando al otro el documento que había firmado personalmente el presidente de los Estados Unidos.

—Esperen…

Tardó cerca de media hora en volver. La expresión de su rostro indicó a los americanos que iban a ser, recibidos.

—Tengan la amabilidad de seguirme —dijo el oriental.

El monasterio estaba situado en una zona salvaje y abrupta en la que, gracias a un esfuerzo de voluntad formidable, se había

construido el diminuto campo de aviación, desechando así los viejos caminos que serpenteaban penosamente las ariscas estribaciones del Himalaya.

Sin embargo, el interior seguía conservando el aspecto que debía haber ofrecido a siglos pasados y ninguna clase de modernismo desfiguraba su estructura solemne y, a la vez, impotente. Largas galerías sumidas en una semioscuridad misteriosa y acogedora. Nichos a lo largo de los pasillos en los que se adivinaba, más que se veía, formas de estatuas panzudas y con brazos cruzados.

Recorrieron aquellas interminables galerías que formaban un verdadero dédalo, intrincado e interminable.

Luego, cuando apareció el primer salón, en cuyo fondo se veían unas escaleras que ascendían hacía las plantas superiores, empezaron a oír los lamentos y los gritos que debían acompañarles durante el resto del recorrido.

Los gritos a veces se convertían en verdaderos alaridos. Y tampoco era extraño oír carcajadas estridentes, que estallaban con una brusquedad que las hacía más aterradoras.

Se miraron, preguntándose qué podía ser todo aquello; pero no se atrevieron a formular pregunta alguna al bonzo que les precedía y cuyo rostro seguía inexpresivo como al principio.

Por último, cuando hubieron terminado de escalar los desgastados escalones y desembocado en un estrecho pasillo, en cuyo fondo se abría una puerta doble, de paneles claveteados, el bonzo se volvió hacia ellos y señalando la entrada, al tiempo que hacía lo posible por hacerse oír, por encima de los lamentos, los gritos, y las carcajadas, dijo:

—Ahí es.

Warner miró a la puerta, pero no fue ésta quien le hizo fruncir el ceño, fue el horrible griterío que procedía del otro lado.

—¿Qué ocurre ahí adentro? —inquirió.

Una ligera sonrisa se pintó en los labios del oriental.

—Si hay algo que nosotros poseemos en mayor y más profunda cuantía que ustedes, los occidentales —dijo hablando con lentitud—, es el dominio del silencio. Es la única manera, acallando las voces humanas, que podemos alcanzar a oír las voces del cosmos.

—¿Voces del cosmos?

—Sí. Ustedes, los occidentales, gracias a sus poderosos

radiotelescopios, han conseguido «oír» lo que procede da la infinitud del espacio exterior…

Hizo una pausa.

—Lo han conseguido ustedes hace muy poco tiempo, mientras que nosotros escuchamos los sonidos del universo hace cerca de mil años. Para ustedes, hombres de ciencia, todo lo que les llega son sonidos, nacimiento de estrellas llamadas «novas», estallidos de las que se convierten en átomos. Pero hay más que sonidos… voces… de extrañas criaturas que intentan apoderarse de todo el universo.

E inclinándose ceremoniosamente:

—Entremos… —dijo.

CAPITULO V

Antes de entrar, dudaron unos instantes.

El más decidido de todos, fue Warner, quien fue el primero en atravesar el umbral, seguido por los demás. Sus dos compañeros miraron a uno y otro lado, antes de decidirse.

Pero, al igual que sus dos camaradas, experimentó la más desagradable sensación de su vida.

Y era completamente natural, ya que el espectáculo que se ofrecía a ellos era sencillamente alucinante.

El salón en el que acababa de penetrar era de dimensiones colosales.

Al fondo de aquella descomunal sala, se elevaba un rústico trono, especie de sitial, en el que se hallaba, sentado, un hombre ni muy joven ni muy viejo, de edad indefinida, imprecisa...

Llevaba la cabeza completamente afeitada, tenía los ojos entornados, y vestía una gran capa que le llegaba hasta los pies.

Junto a él, media docena de hombres, vestidos al estilo de los lamas, permanecían inmóviles, armados de gruesos bastones, formando una sólida barrera que se interponía entre su jefe y la multitud que se aglomeraba a este lado del salón.

Y era justamente esta multitud la que producía un efecto escalofriante.

No debían ser más de cincuenta, pero la barahúnda infernal que promovían, sus saltos, brincos, contorsiones, gritos y aullidos y gemidos, daban la impresión que hubieran producido medio millar de endemoniados.

De vez en cuando, alguno de aquellos desdichados se quedaba inmóvil, como una estatua y, de repente, con los ojos desorbitados, echando espuma por la boca, se precipitaba hacia los guardianes que, sin pestañear, los derribaban de un simple garrotazo.

Warner se estremeció.

—Ese hombre es un monstruo —dijo.

—Silencio —advirtió Edwin—. Alguien se acerca.

Un grupo de hombres, armados de garrotes semejantes a los que empuñaban los de la guardia del trono, se aproximó a ellos.

Warner se sorprendió al ver que el «bonzo» que venía ante el grupo era una mujer.

No dijo nada, pero se sintió agradablemente impresionado por la belleza de la joven; su rostro era mucho menos amarillento de los que la seguían, y el tamaño de sus ojos, aun siendo mayor, era mucho menos oblicuo que el de los otros.

—Seguidme —se limitó a decir con un tono seco en la voz.

Obedecieron, sin comprender los propósitos de la joven, y menos aún la presencia de la guardia de hombres armados.

Aunque en seguida comprendieron la utilidad de los guardianes.

Algunas de las gentes que gritaban, se lanzaron como locos contra los americanos, siendo rechazados a garrotazos por los orientales que formaban a su alrededor un círculo protector.

Delante de los americanos, la joven continuó imperturbable su camino, sin volverse ni una sola vez.

Ya junto al Lama, tuvieron que esperar unos instantes, hasta que el importante personaje se volvió hacia ellos. Pero no les habló, sino que se dirigió a la muchacha:

—Sustitúyeme, Kurina.

—Sí.

—¡Ten cuidado, hija mía! ¡Están arreciando ahora!

—No temas, Gran Lama.

El hombre les indicó una pequeña puerta, que uno de los servidores abrió ante ellos. Cuando se cerró a sus espaldas, dejaron de oír el horrísono escándalo del salón.

Se sentó el Lama sobre un cojín, invitando a los otros a que le imitasen. Y cuando todos se hubieron acomodado, dijo:

—He leído la carta que me ha enviado mi buen amigo, el Presidente de los Estados Unidos. Y comprendo su gran preocupación.

—¿Nos ayudará usted? —inquirió vivamente Warner Collier.

—Es posible. No lo hubiese hecho si «ellos», no intentaran destrozarme.

—«Ellos» han llegado hasta aquí, ¿no? —inquirió Edwin con los ojos llenos de asombro.

—¿Cómo explicar entonces lo que está ocurriendo ahí afuera? Este es un lugar de paz; es decir, lo era hasta hace poco. Ahora, la locura ha penetrado en él.

Sin poder contenerse, Warner preguntó:

—¿Qué les ocurre a todos esos desdichados?

El Lama le miró severamente. Luego, comprendiendo que estaba ante la mente elemental y primitiva de un occidental, sonrió con bondad.

—No son «desdichados», sino valientes voluntarios que están luchando a mi lado… y por mi integridad.

—¿Cómo? Si es que no me he vuelto completamente loco —dijo el americano—, he visto que intentaban agredirle.

—Es verdad.

Y después de un corto silencio:

—«Ellos» se percataron casi en seguida de mi presencia. Durante unos días, hasta que me di cuenta de la verdad, sufrí unos terribles dolores de cabeza. Creí que estaba enfermo. Pero, poco después, una noche, mientras permanecía en la galería alta, contemplando el Universo, «los vi».

—¿Eh?

La expresión de asombro que se pintó en el rostro del psicoanalista hizo sonreír a Warner.

—¿Es posible que los «Viese»? —siguió preguntando el psicoanalista.

—Sí, —asintió el Lama—. Fue una visión como otras muchas que he tenido. En realidad, sin darme cuenta de lo que hacía.

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo, puesto que eran «ellos» los que obraban, los que actuaban. Y al sentir su presencia, me «teleporté».

—¿Tele… qué?

—Me teleporté, lo que quiere decir que me trasladé mentalmente a gran distancia. En realidad fueron «ellos» los que me teleportaron. Querían que me pusiera de su lado.

—¿Pero… los vio?

—Sí.

—¿Cómo son?

—Pequeños. De cuerpo degenerado por la contemplación: una especie de diminutas esferas, sobre las que sostiene, no sé cómo, un cráneo descomunal.

—¿Tienen brazos y manos? —preguntó Edwin, recordando las palabras del hipnotizador y telépata italiano.

—No. Ni brazos ni piernas ni pies. Se teleportan, físicamente, demostrando así el poder increíble de sus mentes.

—¿Estuvo usted... con ellos?

—Así es. Permanecí un tiempo físico corto; pero, en realidad, viví a su lado cerca de un milenio.

Wemer y Fred se miraron, haciendo verdaderos esfuerzos por no echarse a reír; pero Edwin tenía la frente perlada de sudor.

—Comprendo, Dalhai-Lama; dilataron el tiempo mental..

—En efecto, mi joven amigo. Ellos deseaban mostrarme su poder, la extensión de sus dominios.

—¿Dónde se encuentran?

—En la Luna. Tienen allí sus avanzadillas, pero su gran formación reside en Marte. Han ido apoderándose del Sistema, planeta a planeta, sometiendo a sus habitantes de la misma manera que aquí. Pero, para su desgracia, no hallaron telépatas hasta llegar a la Tierra.

—Pero, la ciencia humana he demostrado que no hay habitantes más que en un planeta del Sistema Solar, el nuestro.

El Lama sonrió.

—La ciencia humana es sólo la ciencia «occidental».

Para ella, «habitante» significa formas de vida semejante a las terrícolas. De ahí su error. Hay criaturas «no humanas» en todos los planetas de nuestro Sistema.

—Y, ¿qué le impele a dominar nuestros Sistemas? Porque supongo que vienen de muy lejos.

—Sí, vienen de otra galaxia, muy lejana a la nuestra. Me dijeron un nombre que no comprendí. En cuanto a su deseo de expansión, es muy sencillo, ya que es debido a su forma de reproducción... se multiplican por yemación.

—¿Qué quiere decir eso? —inquirió Fred.

—Que se reproducen por «yemas». Llegados al estado adulto, que alcanzan en un tiempo muy breve, algo así como una semana de nuestro tiempo, aparecen en sus cuerpos una serie de gibas que van aumentando rápidamente de tamaño. El número de esas gibas, como pude observar es de cerca de un centenar por individuo. A las dos semanas, aproximadamente, las yemas se desprenden, formando nuevos individuos.

—¿Cien hijos cada vez?

—Eso es. El crecimiento de la población es sencillamente enloquecedor. Según me dijeron, han llenado, en menos de un siglo

de nuestro tiempo, doscientos sistemas solares. Y si nada les detiene, se harán dueños del universo entero.

—¡Qué horror!

—Además, su ciclo vital es largo y, por si algo faltaba, ciertamente fantástico. En cuanto se han reproducido —la diferencia de sexo no existe entre ellos—, puede decirse que han llegado a la edad adulta. Viven así unos treinta años de los nuestros.

—¿Mueren después?

—Lo que les acontece no puede calificarse de muerte, en el sentido que nosotros damos a esa palabra. La parte inferior; es decir, lo que podríamos llamar «cuerpo» se desprende de la cabeza y muere, se corrompe, como cualquier materia viva.

—¿Y la cabeza?

—Flota en el espacio. Se adelgaza, pierde su consistencia y hasta parece que puede verse el cerebro, de tamaño colosal, a través de una piel que, de puro delgada, se va haciendo traslúcida. Lo verdaderamente tremendo es que, llegados a esa fase vital, duran cerca de mil años. Son los «sin-soma», como ellos dicen, los encargados de dirigir espiritualmente a la Raza.

—¡Es inconcebible!

—Todas esas cualidades les convierten en enemigos peligrosísimos. Desde que me teletransportaron, mostrándome su fabulosa civilización, sus extensos dominios, su poder, me di cuenta de lo que esperaba al pobre género humano.

Lanzó un suspiro.

—No merece éste, en verdad, por sus muchos pecados y crueldades, un fin más horrible que el que el destino cósmico les impone —su voz de cargó de súbita dulzura—; pero los que, como yo, hemos sufrido por los hombres, considerando sus más graves errores como travesuras infantiles, no podemos por más severos que queramos mostrarnos, osar castigar no estando capacitados para ello. Hizo una nueva pausa.

—Me negué rotundamente. Ellos se extrañaron muchísimo, considerándome como a un pobre loco que caminaba en la miseria y la lucha por los grandes honores y privilegios que me ofrecían. Después de las promesas, comenzaron a amenazarme, y tan mal parado me hallé, que tuve que realizar el más grande esfuerzo de mi vida para reteleportarme, regresando a la terraza del monasterio.

—¿Qué ocurrió después?

—Empezó la lucha. Ofendidos por mi negativa, se lanzaron a destrozarme, reduciéndome a un estado de locura en el que no pudiese oponerme a sus ambiciosos proyectos.

»Pero yo había tomado mis precauciones.

»Conociéndolos como los conocía, no podía perder ni un solo segundo. Aquella misma noche, cuando regresé mentalmente, de Marte, reuní a mis fieles y les expliqué detalladamente cuanto me había acontecido. Todos se mostraron dispuestos a ayudarme. Estaban convencidos que nuestro monasterio podía ser, debido a nuestra educación y poder telepático, el centro de residencia, que podía ser un valladar ante la impetuosa oleada que se acercaba a la Tierra.

»Monté un grupo de voluntarios seguro de que los necesitaría inmediatamente.

»No me equivocaba.

»Apenas llegaba el alba cuando comenzaron los horribles dolores de cabeza. Al principio, los resistí solo, percatándome de que eran muchos enemigos los que intentaban romper la unidad de mi mente, dislocándola, disgregándola a pedazos.

»Resistí cuanto pude.

»Luego, ya casi al borde de la insania, empecé a transferir las cargas negativas que me llegaban sobre mis valientes voluntarios. Ellos iban a recibir el violento choque de los impulsos telepáticos que llegaban desde el espacio.

»Más débiles que yo, sucumbieron rápidamente. Y tuve que ir sustituyéndolos, a medida que nuevas mentes enemigas entraban en liza. «Ellos» se estaban —y se están—, empleando a fondo, dispuestos a destrozar mi poder.

—¿Por eso le atacan esos infelices? —inquirió Edwin, cuya frente era un arroyo de sudor.

—Por eso, amigo mío. Obedeciendo a los impulsos telepáticos que les ordenan destrozarme físicamente, se lanzan contra mí; ellos, que fueron mis más dóciles discípulos.

Los ojos de Warner brillaban como ascuas.

—¡No te equivocabas, Faulker! —dijo al psicoanalista—. El Lama es nuestra más estupenda arma de combate. ¡Con él conseguiremos la victoria!

El Dalhai-Lama sonrió.

—No se haga usted demasiadas ilusiones. Pueden, desde luego, contar conmigo. Me debo a la Humanidad y haré por ella todo lo que esté a mi alcance. Pero no creo desdichadamente que podamos hacer mucho.

—¿Por qué?

—Porque ellos, que están informándose en estos momentos, de nuestros proyectos, a través de las mentes de ustedes a los que sin embargo, no pueden subyugar por su especial constitución psicológica, harán lo imposible por evitar que nos constituyamos en un serio peligro para sus planes.

—¿Qué sugiere usted?

—Mi proyecto es muy vasto... y muy difícil. Según sé, por lo que ellos me dijeron, ya no queda ningún satélite artificial. ¿No es así?

—Así es.

—Tampoco, sin duda alguna, existe fábrica capaz de fabricar uno de esos satélites. Si poseyésemos uno, podríamos montar la más formidable avanzadilla contra ellos. Desde fuera de la Tierra, girando a su alrededor y gracias a mis poderes telepáticos, ayudado por mis valerosos voluntarios, formaríamos una barrera mental, librando a los humanos de la locura que sus enemigos han puesto en sus mentes.

—¡Eso es formidable! —exclamó Fred.

—Sí. ¿Pero como realizarlo? —inquirió Edwin con voz turbia.

Hubo un silencio pesado, cargado de presagios. Al psicoanalista le pareció oír las carcajadas que ellos debían lanzar al ver fallidos los proyectos de aquellos estúpidos y primitivos humanos.

—Creo que todo puede arreglarse —dijo lentamente Warner—. Conozco a un profesor que estaba construyendo un satélite. Sus obreros le abandonaron cuando la Gran Huelga. Pero nosotros, ayudados por otros que no sean receptores telepáticos, podemos trabajar como obreros, terminando el proyecto del profesor y lanzándolo al espacio.

—Es lo mejor que he oído —dijo Fred.

—Vamos entonces —añadió el Dalhai-Lama—. Poseo suficientes aviones para trasladarnos, nosotros y mis voluntarios que le defenderían contra la concentración dañina de los enemigos.

Al tomar asiento en el avión que conducía el Lama, Warner tuvo

la suerte de ser colocado junto a la muchacha que tanto había admirado en el salón de los enloquecidos.

—Perdone que le manifieste mi más sincera admiración, señorita —dijo en cuanto el aparato despegó.

Ella se volvió mirándole intensamente.

—¿No se da usted cuenta, mister Collier, que está perdiendo su precioso tiempo de una manera lamentable?

—No lo comprendo, señorita Kurina.

—No se esfuerce, señor. Para mí, es tan sencillo leer su pensamiento como en un libro abierto. Usted está pensando en invitarme, cuando todo esto termine... y no con muy buenas intenciones.

Warner enrojeció como un colegial al que hubiesen cogido en una trampa.

—¡Caramba! ¡Había olvidado que me encuentro entre telépatas! Perdóneme; se lo suplico.

Ella se sonrió amistosamente.

—No tiene importancia. Me he limitado a decirle que perdía su tiempo. Comprenderá usted que no puede ser nada cómodo una mujer que posee las facultades que yo tengo.

—¡Indudablemente! Con franqueza y sin deseo de ofenderla, señorita, debe de ser un infierno.

—¿A qué se refiere?

—A la vida de un pobre marido que tenga la fatalidad de casarse con una mujer como usted. Compréndame, por favor. No se trata de belleza y todo lo demás: usted es una de las mujeres más bonitas que he visto en mi vida. Me refiero naturalmente, a lo «otro».

—A la telepatía, ¿verdad?

—Sí. Es un gran inconveniente; porque, como supongo, lo peor es que ustedes, sin darse cuenta, leerán el pensamiento de los demás ¿no es así?

—No señor. Cuando deseamos inmiscuimos en las mentes del prójimo o queremos recibir mensajes telepáticos de personas que están lejos de nosotros, debemos realizar un gran esfuerzo.

—No importa. Una mujer no podría resistir la curiosidad de saber lo que su marido está haciendo en la oficina y conocer el sexo de los miembros de ciertos Consejos de Administración. ¡Horroroso!

Ella rió, con franqueza, juvenilmente, mostrándose mucho más

encantadora que hasta entonces.

Warner se mordió los labios.

Jugándose el todo por el todo y deseando que ella no se metiese en sus pensamientos, reconoció que era en verdad una deliciosa criatura y que si no poseyese aquellos extraños poderes merecería la pena intentar algo.

La llegada a Washington le alejó aquellas ideas de la mente. El aeródromo estaba completamente desierto y sólo tres hombres se acercaron al primero de los aviones que aterrizaron.

Uno de ellos era Fumigan, el Secretario de Estado.

Estrechó vigorosamente la mano a Warner.

—¿Ha recibido el mensaje que le envié desde Calcuta? —inquirió éste.

—Sí. Hemos de apresurarnos, las cosas marchan malísimamente mal.

—¿A qué se refiere?

—Ha estallado una sublevación general. Los anti-espaciales han atacado la Casa Blanca y hecho prisionero al presidente. ¿Imagina usted lo que piden por dejarle en libertad y respetar su vida?

—No.

—Que les entreguemos a todos ustedes, en un plazo que expirará dentro de doce horas. ¡No se cómo han sabido que venían hacia aquí;

—Ellos lo saben todo —sentenció Warner.

Y después de una pausa:

—¿Qué les contestó usted?

—Que estaba completamente de acuerdo.

—¿Cómo?

—Compréndalo usted, Warner. Si me hubiese negado en principio, hubieran actuado y ahora estaría este campo rodeado de gente armada que no nos dejaría salir. He ganado unas horas, ya que ellos se han convencido de que no permitiría que le ocurriese nada al presidente. Pero, en estos momentos de desesperación, la vida de un hombre, aunque sea el presidente de los Estados Unidos, importa verdaderamente muy poco…

—¿Cuál es su plan?

—He hecho trasladar, por hombres no receptores telépatas, todos los aparatos, utensilios y el satélite a medio terminar, a los sótanos

de la base experimental «Kramer». Quinientos hombres, armados hasta los dientes, protegen esas instalaciones.

»De todas formas, ellos, los amotinados, son muchísimos más, cientos de miles de millones. Si nos damos prisa y conseguimos terminar el aparato dentro de las doce horas, que me han dado de plazo, tendremos una pequeña posibilidad de triunfo.

—¡Doce horas! —suspiró Warner.

Luego se hizo a un lado, ya que el Dalhai-Lama se acercó a ellos estrechando la mano del secretario de Estado.

Cuando se informó de los pormenores de los acontecimientos que Fumigan acababa de contar a Warner, frunció el entrecejo.

—En efecto doce horas son muy poco Pero ya veremos.

Fumigan lanzó un suspiro:

—Espero que esas doce horas sean suficientes.

CAPITULO VI

Se trasladaron rápidamente a la base y Warner se admiró de la estupenda disciplina que reinaba entre aquellos hombres.

Fumigan había demostrado su valía al coger gente que no estaba afectada por las órdenes telepáticas procedentes del espacio exterior. Plenamente convencido, desde la visita de Edwin, de que había descubierto el verdadero mecanismo de la locura que padecía la humanidad entera, colocó maravillosamente, realizando aquella selección humana que, al menos por el momento, constituía una magnífica salvaguardia contra el gentío desenfrenado y enloquecido por los anti-espaciales.

El Dalhai-Lama organizó rápidamente un grupo de sus voluntarios que, a sus órdenes directas, se encargarían de defender el «frente mental» de la Base, ya que lo fundamental era evitar que «ellos» lograsen destruir su poderosa y necesaria personalidad.

Antes de retirarse a la estancia, situada en la parte alta del edificio, junto a sus hombres, llamó a Warner.

—Señor Collier —dijo—, el secretario me ha informado de que usted va a dirigir los trabajos junto al profesor. Kurina les ayudará. Puede tomar tranquilamente la mitad de los efectivos destinados a la defensa.

Si los necesitamos, los emplearemos con las armas, pero, inicialmente, son más necesarios en los talleres.

—¡Pero si esos hombres no han visto una llave inglesa en su vida! ¿Ignora usted que pertenecen al Cuerpo de Seguridad y Protección del Estado?

—No —dijo el oriental, poniendo amistosamente la mano sobre el hombro del joven—; no lo ignoro. Pero hágame caso, amigo. Kurina le ayudará a comprender.

La joven que estaba a pocos pasos de ellos, se acercó al Lama, hablándole en su lenguaje. Luego, cuando el hombre se alejó, la muchacha se acercó a Collier.

—¿Preparado, señor incrédulo?

—¿Yo? ¿Por qué?

—He leído lo que usted pensaba cuando hablaba con él.

Warner sintió una molesta y desagradable picazón en la nuca, signo inequívoco de que estaba a punto de salir de sus casillas.

—¡Oiga jovencita! —exclamó, procurando dar a sus palabras el tono más desabrido posible—. Espero que ésta es la última vez que se mete usted en mi mente. Aquí, no lo olvide, estamos en los Estados Unidos de América y está prohibido inmiscuirse en la vida privada de los demás. ¿Ha entendido?

Ella debió darse cuenta de que estaba realmente ofendido.

—No tema —dijo—, nunca más lo haré.

Guardaron un penoso silencio, que interrumpió él.

—Su Lama me ha dicho que usted iba a ayudamos en los talleres. Si no le molesta podemos empezar cuanto antes.

—Sí —repuso ella con el mismo tono cortante y frío que él había empleado—. Pero me pareció oír que usted debía tomar la mitad de los efectivos armados.

—Vaya bajando al sótano. Los llevaré dentro de un instante.

Los doscientos cincuenta hombres, al enterarse de lo que se pedía de ellos, se echaron a reír estrepitosamente, Warner se vio obligado a imponer un poco de orden y así consiguió que penetrasen silenciosamente en el taller donde el profesor trabajaba con algunos ayudantes.

Kurina se le adelantó saliendo a su encuentro.

—Haga el favor de ordenar que formen ahí enfrente.

Luego cuándo Warner lo hubo hecho, ella se volvió hacia el físico, al que hizo venir a su lado para decirle:

—Perdone, profesor. Voy a rogarle, para ir más aprisa que piense en todo lo que hay que hacer para terminar el satélite. Usted debe limitarse a cerrar los ojos y pensar en ello, como si estuviese dirigiendo el trabajo. Es muy sencillo —añadió, con una sonrisa encantadora en sus labios.

El profesor asintió, obedeciendo.

De repente ella se volvió, con una brusquedad extraordinaria, hacia los hombres que la miraban con una sonrisa burlona en su inmensa mayoría.

—¡Dormid! —gritó.

Y ante la estupefacción de Warner, los doscientos cincuenta hombres cerraron los ojos al unísono.

Así permanecieron cerca de diez minutos.

Collier miró a la muchacha.

También Kurina tenía los ojos cerrados, pero de todos sus rasgos,

a diferencia de los hipnotizados, que no poseían expresión alguna, brotaba una energía que hizo estremecer al joven.

Luego, tan de repente como había empezado, la joven abrió los ojos, fijándolos en los hombres.

—¡A trabajar! —gritó—. ¡Cada uno a su puesto!

Parecía que todos aquellos muchachos no habían salido en toda su vida de aquellos talleres de astronáutica.

Disciplinados, ordenados, y rápidos, se dirigieron hacia las fresadoras, las soldadoras, las cajas de herramientas y al instante, como por el efecto de algo tremendamente misterioso, el taller se llenó de ruidos, de silbidos, de chirridos, demostrando una actividad sorprendente.

Warner no salía de su asombro.

Kurina había despertado al profesor.

—Perdone la molestia, señor.

Pero el otro le miraba boquiabierto.

—¿Cómo ha podido hacer eso, señorita?

Ella sonrió.

—No ha sido muy difícil —dijo—. Primero he hecho que usted rememorase los detalles de la fabricación del satélite. El significado de la mayoría de ellos me escapaba, ya que no comprendo casi nada de ingeniería; pero mi papel se reducía a fragmentar sus instrucciones y transcribirlas, mentalmente, a los hombres que el señor Warner había dispuesto. Lo que sí hice fue ofrecerles los conocimientos que me llegaban de usted, en vez de imponérselos yo misma.

—¿Por qué?

—Porque así fueron ellos mismos los que seleccionaron su «oficio» atendiendo a una línea vocacional.

—¡Es sencillamente maravilloso! —exclamó el profesor.

Mordiéndose los labios, Warner salió de allí, dirigiéndose hacia las defensas donde pensaba encontrarse más a gusto.

Fred estaba allí, junto a algunos hombres.

—¿Cómo van las cosas por ahí abajo? —preguntó Lipner.

El otro se encogió de hombros.

—Con gente como la que hemos traído del Tíbet, no hay que preocuparse, muchacho.

Y le contó lo que la muchacha había hecho.

—¡Esa chica es un tesoro! —exclamó Fred con los ojos en blanco —. En cuanto termine todo esto, creo que me atreveré a decirle algo.

—No hará falta que le digas nada, muchacho. En estos momentos, seguro que habrá leído tus pensamientos y que sabrá exactamente lo que deseas de ella.

El joven se puso encarnado como un pimiento.

—¿Hablas en serio, Warner?

—Completamente.

—Entonces, haré lo imposible para que no me vea jamás... ¡Sería capaz de sacarme los ojos!

Se alejó, mientras Collier sonreía.

Momentos más tarde, se le acercó el secretario de Estado.

—Vengo de abajo —dijo—. El profesor me ha comunicado que necesitaremos, al ritmo actual, dos horas más que las del plazo que los rebeldes nos han concedido.

Warner hizo una mueca.

—¿Dos horas más? No me gusta nada, señor.

—No seamos demasiado exigentes, Collier. En realidad, lo que se hace abajo es sencillamente maravilloso.

—Ya lo sé. No critico la labor del Lama ni de esa mujer. El Lama combate también, en estos momentos.

Pero desearía que el satélite estuviese fuera del alcance de esos fanáticos que sin duda alguna lo atacarán.

—¿Que cabida tiene ese satélite?

—Para unos cincuenta hombres. Lo importante es la innovación creada por el profesor. La impulsión atómica colocará al satélite en la ionosfera en pocos segundos, y allí podrá adoptar una órbita conveniente.

—¿Y el regreso?

—Eso ya no lo sé, señor. El profesor, en su día, me habló de las dificultades de la vuelta, pero no le presté, entonces, demasiada atención.

—Comprendo.

Y después de una pausa:

—Voy a echar una nueva ojeada ahí abajo —dijo Fumigan—. Estoy más nervioso de cuanto lo estuve en toda mi vida.

Warner se dirigió entonces hacia la parte alta del edificio, colocándose junto a la ventana que daba al salón donde se

encontraba el Lama.

El espectáculo le recordó al que ya había visto en el Tíbet.

Quizá los «voluntarios» de aquel curioso personaje gritaban con más fuerza, se mostraban doblemente enloquecidos, pero su actitud era semejante a la que el joven recordaba.

Warner se imaginó la terrible lucha mental que estaba desarrollando aquel hombre y la colosal de sus lejanos enemigos.

Haciendo un esfuerzo, logró imaginárselos, tal y como los había descrito el Lama.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Aquella forma de «reproducirse» y la manera de «morir», si a aquello podía llamarse muerte, hizo que se estremeciera de horror.

—Aunque —pensó en voz alta—, es muy probable que ellos, que conocen nuestra manera de ser, las juzguen tan repugnantes como yo considero las suyas. Todo es cuestión de conceptos estéticos.

Vio después a Kurina que hablaba con el Lama, y cómo ambos sonreían, al tiempo que miraban hacia la ventana. Ella se acercó a la abertura.

—Le estaba buscando, señor Warner.

—¿Ha sido el Lama quien le ha dicho donde me encontraba?

—Sí.

—Usted podía haberlo sabido por sí misma.

Ella sonrió.

—Es cierto, pero ya le dije que soy una mujer que respeta su palabra de honor. Creo que le prometí no emplear mis poderes telepáticos con usted.

—Es usted una mujer maravillosa.

—¡Cuidado! Tendrá que prometerme, a su vez, una limitación en las lisonjas.

—De acuerdo. ¿Para qué me llamaban?

—El profesor le necesita.

—¿Abajo?

—Sí. Quiere ultimar unos asuntos con usted.

—Vamos.

Descendieron hacia los talleres. Allí seguía reinando la misma efervescencia.

Warner colaboró intensamente con el profesor, ultimando el montaje de la tremenda esfera que asomaba ya por encima de la

cúpula del taller.

Examinaron luego una primera lista de pasajeros.

—¿Cuántos «voluntarios» necesitará el Lama? —inquirió el joven.

Kurina, que había permanecido junto a ellos, colaborando en lo que pudo, contestó:

—Necesitaría unos veinte, pero se las agenciará con una quincena.

—¿Serán suficientes? No hay que olvidar que será él sólo quien «trabaje» el asunto allá arriba.

—Con quince habrá bastante.

Un equipo especial empezó a cargar en el satélite todo lo necesario para una permanencia en el espacio de aproximadamente un par de semanas.

—¿Tendrás suficientes suministros?

—Sí, profesor —replicó Warner—. Además, no es prudente sobrecargar la nave. Quince días es mucho tiempo, pero puede ser también poco... de todos modos, no podemos permitirnos el lujo de que, por exceso de peso, el satélite no alcance la altura deseada.

Todos estaban satisfechos de la marcha del trabajo, hasta que, poniéndose intensamente pálida, Kurina entornó sus hermosos ojos.

—¡Qué le ocurre! —le preguntó Warner, sinceramente asustado, tanto que la cogió por los hombros, temiendo que fuera a desmayarse.

Ella permaneció unos segundos inmóvil; luego, abriendo de nuevo los ojos.

—Perdonen —dijo—. El Lama me está llamando. Al parecer, cientos de hombres armados se dirigen hacia la Base.

—¡El ataque!

Collier se mordió los labios.

—Tenemos medio vacíos muchos de los puestos de defensa. Oiga, Kurina, ¿no sería posible liberar a algunos de estos muchachos que están trabajando en el proyecto?

—Sí. Algunos ya no son necesarios.

—¡Despiértelos, entonces! Los vamos a necesitar en los puestos de combate.

Abandonó los sótanos, subiendo las escaleras como una exhalación.

A Fred, que se había quedado dormido, le despertó sin contemplaciones.

—¡Da la señal de alarma! ¡Van a empezar a atacarnos de un momento a otro!

Amanecía ya, y gracias a unos poderosos prismáticos, Warner vio la larga caravana de vehículos que se acercaban por la autopista central, comprobando que estaban llenos de hombres armados hasta los dientes.

—¡Canallas! —rugió—. ¡Y pensar que vosotros abogabais por el desarme general!

Luego, al pensar que aquellos seres humanos no eran más que ciegos autómatas en las manos de «ellos», sintió pena por los que, de uno y otro lado, morirían en el combate.

Momentos más tarde, se detuvieron los vehículos, bajando los hombres para desplegarse velozmente.

Por los gemelos, Warner vio que algunos de ellos estaban montando morteros pesados.

—¡Se va a armar una buena! —pensó amargamente.

Le habría gustado tener a la muchacha a su lado, para así comunicarse a distancia con el profesor, informándole de la clase de armamento que el enemigo poseía.

—Hola.

Se volvió, agradablemente sorprendido al ver a Kurina que le sonreía de forma encantadora.

—Su deseo llegó hasta mí, señor Warner. Le ruego que me perdone por haber faltado a mi palabra, pero creo que la situación lo justifica, ¿o no?

Él estuvo a punto de decirte todas las cosas que en aquel instante le pasaron por la cabeza; pero ella debió leerle el pensamiento, ya que se atrevió a taparle la boca con la mano, pero sin dejar de sonreír.

—No piense más en eso… por ahora. He venido a servirle de enlace con el profesor.

—Sí, ya sé, gracias… ¡pero usted no puede quedarse aquí!

—No tengo miedo.

Justamente, en aquel momento, los morteros enemigos abrieron fuego.

Warner iba de un lado para otro, dando órdenes y distribuyendo

instrucciones, seguido mansamente por la muchacha. Las primeras granadas de mortero hicieron saltar parte de la terraza superior.

Warner se volvió hacia Kurina.

—¡Váyase de aquí… por el amor de Dios!

Ella le sonrió.

—No pensemos en nosotros —le dijo con dulzura.

—Usted es demasiado importante para el proyecto, Kurina. Váyase abajo, se lo ruego. Ya me las arreglaré yo aquí.

Ella había cerrado los ojos.

—El profesor dice que le botarán quince minutos para poder terminarlo todo.

—¡Maravilloso!

—Dice, además, que puedo despertar a quince hombres más. Voy a hacerlo desde aquí.

Silbaban rabiosamente las balas y las granadas de mortero explotaban por doquier.

Poco después, Kurina volvió a concentrarse.

—El satélite está dispuesto —anunció.

Bajaron, después de ordenar a los hombres que se entregasen en cuanto el aparato hubiera abandonado la Base.

El Lama estaba en los sótanos con sus «voluntarios».

Fueron subiendo al aparato, ocupando cada uno el lugar previsto.

El secretario de Estado estaba pálido como la muerte.

—¿Qué hago yo, muchacho? —preguntó acercándose a Collier.

—¡Venir con nosotros! Los Estados Unidos necesitarán de usted para reconstruir el país. El Presidente y el Vicepresidente han muerto.

Miró intensamente al político.

—Pero la Nación necesita a alguien que le infunda nuevo valor, que dirija la reconstrucción, que ayude a restañar las heridas recibidas y a borrar los malos recuerdos acumulados…

—Iré con vosotros.

Momentos después, el satélite abandonaba la Tierra.

CAPITULO VII

El rugido de la descarga atómica fue formidable. Sin tiempo para preparar mecanismos de defensa, los tripulantes del satélite sufrieron totalmente los efectos de la brutal aceleración inicial, perdiendo el conocimiento en una décima de segundo.

Al volver en sí, ya en la órbita, a dos mil kilómetros de la superficie del Globo, hubieron de luchar contra los efectos de la velocidad adquirida; pero en aquel momento el profesor puso en funcionamiento los aparatos antigravitatorios y la normalidad se restableció en el interior del aparato.

Se puso en marcha, velozmente, el plan que ya había sido estudiado en la tierra.

Una sala lateral, la más amplia de todas, le fue totalmente destinada al Lama y sus «voluntarios» que ya empezaban a percibir los ataques telepáticos del enemigo.

Warner se colocó junto al profesor, en la sala de mandos.

Edwin, Fred y Kurina le acompañaban..

En cuanto al secretario de Estado, se le concedió el privilegio de ocupar la sala de transmisiones. Sentado ante los micrófonos de las tres emisoras de que iba dotado el aparato, empezó a enviar mensajes a la Tierra.

Asegurábales a los hombres que no sufrirían la influencia telepática fatídica, que sus horas de sufrimiento acabarían pronto y que se preparasen para reanudar su vida normal.

Les explicó la clase de peligro que estaban pasando y les aseguro que todo tendría fin y que la humanidad saldría victoriosa de aquella lucha que había empezado tan desigualmente.

* * *

Gracias a sus profundos conocimientos de lenguas vivas, pudo radiar a casi todos los «países del mundo, rogándoles que utilizasen las emisoras para hacer universal su mensaje de esperanza.

Warner le fue a ver poco después.

—¿Cómo va eso, señor?

Fumigan tenía los ojos arrasados de lágrimas.

—Estoy muy emocionado, muchacho: Acabo de captar una

emisión que repite mis palabras una a una. Cuando pienso en los millones de seres que están libres de la influencia telepática de esos seres y que habían perdido ya toda esperanza, me estremezco de horror.

»Las falsas organizaciones pacíficas, las que sin saberlo están preparando la llegada de esos monstruos espaciales, habían adquirido un tal auge, que todo cedió ante su fuerza, ante su brutal impulso.

»Ahora los primeros mensajes esperanzadores empiezan a cruzar el éter. Los hombres saben que todo no se ha perdido aún y que nuestros viejos tiempos, llenos.

de insensateces, pero «nuestros» pueden volver.

»En verdad que hemos cometido muchísimos errores; pero creo que después de la lección que estamos recibiendo los hombres comprenderán al fin la inutilidad de sus estúpidas diferencias. Lo absurdo de sus infantiles querellas...

—Eso es la lógica reacción que todos esperamos —dijo Warner sinceramente emocionado—. ¡Ojalá sirva esta lección para hacernos un poco más humanos!

La llegada de Fred, pálido como la cera, interrumpió sus palabras.

—¡Aprisa, Collier! ¡Esa gentuza ha lanzado a la órbita del satélite un enjambre de meteoritos artificiales! ¡Quieren hacernos añicos!

—¡Corramos al cañón de proa!

Atravesaron el aparato como dos exhalaciones. Una vez en la cabina de proa, Warner ocupó el asiento metálico ante el cañón, desintegrador.

—¡Ocúpate del radar, Fred!

No tardó mucho tiempo Lipner en distinguir en la pantalla la mirada de meteoritos hacia los que se dirigían fatalmente.

—¡Fuego! —gritó.

Una llamarada formidable, de color azulado, brotó de la proa del satélite, abriendo una brecha en la masa de los meteoritos y pasando tan justo por ella que algunos laterales golpearon cruelmente la envoltura del aparato.

La lucha, a partir de aquel preciso momento, fue épica.

Poco a poco, no obstante y abriendo el haz de rayos desintegradores del cañón, Warner logró hacer un pasadizo entre

meteoritos lo suficientemente amplio para que el satélite pasase sin peligro alguno.

Una hora más tarde se secaba el sudor de la frente y salía, con Fred, de la cabina.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Lo hemos pasado apuradillo! ¿Eh?

—¡No me digas! esos malditos lograrán que termine cardíaco.

—¿Y si fuésemos a ver como sigue la otra lucha?

—¿A qué te refieres?

—A la que sostiene ese formidable Lama. Nosotros hemos cañoneado jos meteoritos materiales; él se encargará de los mentales.

—¡Es para volverse loco!

—Ya tendrás tiempo, si regresamos a la Tierra, de ingresar voluntariamente en cualquier manicomio.

Con la recomendación del secretario de Estado hasta es posible que te den doble número de duchas heladas al día.

—No sé como tienes ganas de bromas, Collier.

—¿Quieres que me ponga a llorar?

Habían llegado junto a la cabina donde estaba el oriental, tropezándose con Kurina, que salía en aquel instante de allí.

—¿Cómo va eso? —preguntó Warner.

—Regular.

—¿Regular?

—Sí. Están utilizando un fuego concentrado verdaderamente horrible. Es probable que los «voluntarios», recargados de comunicaciones telepáticas nocivas, no recobren jamás su salud mental. ¡Nunca más!

—¡No se puede hacer absolutamente nada por impedirlo!

—Por ahora no. «Ellos» no se dan por vencidos, a pesar de que el Lama ha comenzado a responderles. Aprovechando de que estamos mucho más cerca de ellos, ha iniciado su ataque, enviando corrientes mentales destructoras sobre las mentes que trabajan en contra nuestra.

Los ojos de Fred brillaron como ascuas, apasionados por aquella lucha.

—¿Y sabe usted, señorita, si ha logrado poner fuera de combate a alguno de esos mamarrachos?

Ella sonrió.

—Completamente segura, amigo mío. Usted no puede concebir la potencia mental de ese hombre. Desdichadamente por cada uno que anula, acuden cien.

—¿Oyes, Warner? ¡Es como en la guerra! ¿Lo recuerdas? Por un tipo que tumbamos salían cientos de la trinchera.

—Lo recuerdo, Fred. —Y volviéndose hacia la joven—:

—¿Cuáles son exactamente los proyectos del Lama,

Kurina?

—Vencer la barrera de mentes que se oponen a que llegue hasta la del jefe.

—¿Y cuando lo haya logrado?

—¡Luchar con él!

—¿Mentalmente?

—Sí.

—¡No debe ser manco el jefe! —intervino Fred.

—Tiene usted razón, Lipner —dijo ella—. Está muy cansado y lleva semanas sin dormir. Yo pobre de mí, no he podido sustituirle más que en contados momentos; pero ha sido él quien ha llevado la carga de esta alucinante lucha.

—Lo comprendo —dijo Warner—. ¡Si al menos pudiésemos hacer algo por él!

—No podemos hacer nada —repuso la joven—, y como decía Lipner el jefe de esas criaturas debe poseer un cerebro único. Él es en el fondo quien dirige y proyecta todo. El combate será horrible, y temo por el Lama… ¡está tan cansado, sin poder dormir…

Guardaron silencio un buen rato.

Los desesperados gritos de los «voluntarios» enloquecidos llegaban hasta ellos amortiguados por las paredes aislantes del satélite.

—Los que manejan los bastones —dijo ella—, para impedir que hagan daño al Lama, ya no pueden más.

—Podríamos sustituirlos —apuntó Collier con poca seguridad.

—No. Desdichadamente, ustedes no entienden el tibetano. No sabrían entenderlos y, por ende, el momento que van a atacar.

—Voy a ver como sigue el profesor —dijo Fred.

Y volviéndose a Warner:

¿Es verdad que está revisando los mecanismos que podrían facilitar el regreso a la Tierra?

—Sí, acércate a verle y échale una mano. Creo que no está con él más que Edwin.

El joven se alejó y Warner aprovechó el estar solo con la muchacha para decirle tiernamente:

—Está cansada, ¿verdad?

—Un poco.

—No puede imaginarse lo que me pesa el haberles metido en este jaleo.

—Era necesario.

—No lo creo. Ustedes hubiesen podido vivir estupendamente bien, defendiéndose contra «ellos» en el Tíbet.

Hasta es posible que les hubiesen dejado tranquilos, una vez hubieran conquistado la Tierra.

—¡Qué equivocado está usted! Mientras en cualquier lugar, las fuerzas telepáticas son homogéneas, es decir, proceden de seres semejantes, la paz está asegurada. Pero en cuanto existen fuerzas mentales adversas, antagonistas, la guerra se declara y no termina más que con la destrucción mental del más débil.

—¿Y si el Lama hubiese aceptado lo que ellos le ofrecían?

—Habría cometido el error más grave de toda su existencia.

Las promesas eran miríficas, falsas hasta lo más hondo. Si el Lama hubiese cedido a ellas, lo hubiesen terminado de destrozar, reduciéndole a un esto mental inferior al de cualquier imbécil.

—¡Traidores!

—No se les puede tratar de tal, señor Collier. Ellos están obligados a anular las mentes que se opongan a sus planes de ocupación en el Cosmos. De otra manera jamás dominarían completamente y sus conquistas tendrían cimientos de arena.

—Comprendo.

—Por eso luchan tan desesperadamente. Es su propia existencia, su supervivencia la que defienden con garras y dientes. Porque saben que si alcanzamos la victoria en esta batalla, tendrán que retroceder ante una raza que sabrá aprovechar las enseñanzas de esta lucha.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el hombre, informado ya plenamente de la existencia de fuerzas mentales cósmicas, desarrollará sus propias facultades, armándose y preparándose, de modo a no ser sorprendido

nuevamente, como le ha ocurrido ahora.

Después cuando la posibilidad de un ataque sea imposible, la humanidad, que habrá desarrollado plena mente los viajes estelares, no se conformará con defenderse, sino que atacará, con sus mismas armas, a esos que se atrevieron a penetrar en nuestro sistema Solar.

«Empezará entonces la verdadera guerra telepática universal, de la que nuestra actual lucha no es sino una primera escaramuza.

»Hombres poderosos, dotados de mentes únicas, navegarán por el espacio, destruyendo el poder que rema ahora en todos los planetas del Sistema.

»Y después, naturalmente, cuando haya desalojado a sus enemigos de su pequeño feudo en el Cosmos, le perseguirá a través del universo, hasta que lo haya hecho desaparecer para siempre.

—Me da usted miedo, Kurina.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Porque yo esperaba una era de paz y felicidad. Porque deseaba que volvieran a establecerse los hogares tranquilos, los pequeños y encantadores problemas de las familias.

—Y eso llegará, no lo dude. Han de pasar siglos y siglos para que el hombre consiga dominar las fuerzas que posee su mente y que hoy yacen inútiles, como herramientas abandonadas y cubiertas de polvo.

»Nosotros no conoceremos esas épocas de lucha estelar, amigo mío. Y si las conocemos, no serán más que los primeros encuentros, todavía indecisos, vacilantes, sin el empuje final, que se desarrollará después.

—Me quita usted un gran peso de encima. Yo deseo mi pequeña paz; egoísta si se quiere, pero profundamente deliciosa. Creo, además, con una convicción que raya en el fanatismo, que cuando un hombre ha ayudado a los otros a salir de un mal paso, tiene el derecho de que le dejen tranquilo y que sean otros los que tomen las riendas de la responsabilidad.

Ella le miró fijamente.

—Es usted muy curioso, señor Collier.

Fue en aquel momento y de una manera inesperada, cuando la tez de Kurina palideció hasta un punto inconcebible.

Warner se asustó de veras, cogiéndola en sus brazos y besándola, como si temiese que se fuese a esfumar ante él.

—¿Qué te pasa, Kurina? ¡Dime! ¿Qué te ocurre?

Ella reaccionó rápidamente; pero no se desasió de los brazos del hombre.

—¡Corre! —dijo—. ¡Fred está intentando matar al profesor!

Soltándola, el joven corrió a toda velocidad hacia la cabina de mando, donde penetró como una tromba.

Kurina no se había equivocado.

Formando un solo cuerpo, Fred y el profesor peleaban como animales salvajes. Edwin de rodillas, hacia lo posible por separarlos.

Warner no dudó ni un solo instante.

La pistola surgió como por arte de magia de su bolsillo. La tomó por el cañón y tras sujetar por la ropa a su ayudante, le propinó un golpe seco, haciéndole desplomarse sin sentido.

Kurina llegaba en aquel momento a la puerta de la cabina.

Suspiró al ver que Collier había logrado dominar la situación.

—Han sido «ellos» —dijo señalando a Fred.

—Ya me lo imaginaba —repuso el joven—. Desde que me preguntó con tanto interés lo que estaba haciendo el profesor, debí desconfiar.

Y volviéndose al médico.

—¡Atalo bien, Edwin!

Salió, junto a la muchacha, después de tranquilizar al profesor.

—¿Empiezan a estar desesperados, ¿eh, Kurina?

Ella le lanzó una mirada interrogativa.

—¿A qué te refieres?

—«A ellos». Están intentando enloquecernos, a nosotros, ya que no pueden con el Lama.

—Sí, creo que tienes razón.

—Lo importante es que el Lama logre destrozar la barrera que protege al jefe. Estoy seguro de que lo aniquilará en un periquete.

—¡Ojalá tuviese yo la misma seguridad que tú!

El hombre frunció el ceño.

—¿Dudas del poder del Lama?

Ella se encogió de hombros.

—¿Dudar? No, Warner. Pero he aprendido a calibrar los poderes de los demás. No olvides que, en varias ocasiones, sustituí al Lama. Y que conozco por experiencia propia la potencia mental de esas criaturas.

—¿También las viste tú?
—No.
—¿Por qué?
—Porque el Lama me lo prohibió. No hubiese podido hacer lo que él hizo.
—No te entiendo.
—Cuando el Lama se dejó «atraer» por el poder mental de esas criaturas, estaba seguro de poder regresar, de ser capaz de reteleportarse. Yo no hubiese podido hacerlo.
—¿No?
—No. Mis poderes son mucho menores que los de él. Y me habría quedado con «ellos», convirtiéndome en su prisionera.
Collier se estremeció.
—¿No te dejarás jamás arrastrar por esas malditas bestias, verdad?
Ella le puso una mano sobre el hombro, al tiempo que le sonreía.
—No temas.
Se quedó nuevamente pálida.
Aterrado, Warner creyó que «ellos» habían captado la conversación, y que deseando demostrar una vez más su poder, ¡se la iban a robar, atrayéndola hacia ellos!
¡Llevársela ante sus propias narices!
Se aferró a ella, con una violencia extraordinaria.
—¡Kurina, amor mío! —suplicó.
Ella abrió los ojos inmediatamente.
—El Lama nos llama. ¡Vamos!
Corrieron por el largo pasillo, empujando luego la puerta, en cuyo dintel se detuvieron, mirando con horror a los hombres, los «voluntarios», que yacían en el suelo.
Warner miró al Lama.
—¿Qué ha ocurrido?
—Los han destruido... matado...
—¿No ha podido usted evitarlo?
—No podía. Estaba concentrando todo mi poder en perforar las barreras tras las que se oculta su jefe.
Lanzó un corto suspiro.
—Ellos se percataron de mis esfuerzos y reconcentraron energía destructiva sobre estos desdichados.

Warner sintió que algo frío le recorría la espalda.

—Y… ¿qué haremos ahora? —inquirió con un tono de ansiedad en la voz.

En contra de lo que podía esperar del Lama, éste esbozó una sonrisa.

—Aproveché la energía que enviaron para matar a los «voluntarios».

—¿Aprovechar? No entiendo.

—Escuche, amigo. Toda fuerza mental es indestructible. Actúa, construye o destruye, pero permanece, aunque escape al control de quien la ha utilizado… no «creado».

—Sigo sin entender.

—La fuerza mental existe desde siempre; es como el universo. Esa fuerza mental puede ser captada por mentes inteligentes… en mayor cuantía, se entiende, por los que son más capaces de servirse de ella.

»Imagínese una planta dorada de diez hojas verdes. Cada hoja utilizará la luz solar para elaborar ciertos alimentos, y gracias a la clorofila, la sustancia verde que poseen, pueden transformar la energía solar en elementos necesarios para su vida.

»Igual ocurre con la inteligencia.

—¿De veras?

—Sí. Cada ser humano es como un árbol con hojas verdes. Esas hojas verdes, que ustedes llaman «neuronas» son iguales en todos los hombres… quiero decir que su número es aproximadamente el mismo… algunos billones, pero como en un árbol puede haber hojas verdes y otras amarillas, incapaces de captar la energía solar, en el cerebro del hombre no todas las «hojas» (neuronas) son capaces de captar la energía mental del universo.

—Ahora sí que empiezo a entenderlo.

—Bien. Como el árbol, el hombre está absorbiendo constantemente la energía del cosmos que, como el árbol, emplea en pensar y en actuar que no.es, después de todo, más que convertir en actos a los pensamientos,

»Eso quiere decir que gastamos constantemente energía mental y que constantemente, cada uno a la medida de su propia potencia, absorbemos esa energía del fondo inacabable del poder mental del cosmos».

—Ya veo.

—Esa energía que nosotros convertimos en pensamientos, no se pierde jamás, pero sólo algunos seres dotados de poderes especiales —como árboles que pueden hacer trabajar a todas sus hojas verdes —, son capaces de recibir esa energía que flota en el espacio.

»Ese poder que consiste en captar la energía que otros convierten en pensamientos, es sencillamente la «telepatía».

—¡Ah!

—Todos los poderes telepáticos se refieren a ese proceso y son, lógicamente, más complicados en aquellas criaturas que pueden utilizarlos en mayor escala.

»Así, el poder moverse en el espacio y el tiempo, manejar cosas a distancia, crear o destruir desde lejos, no son más que aspectos varios del principio universal de la telepatía.

—Ahora comprendo que usted se sirvió de la energía que «ellos» emplearon en matar a los «voluntarios»...

—Eso es. Yo recogí esa poderosa energía y la «reflejé», como hace un espejo con la luz, sobre ellos.

—¿Y qué consiguió?

La sonrisa del Lama se acentuó.

—¡Destruir la barrera!

—¿La... que protegía al jefe?

—Eso es. Ahora, amigos míos... ¡estoy ante él!

Le miraron con los ojos inmensamente abiertos.

—¡No es posible! —exclamó Collier.

—Sí, hijo mío.

—Y, ¿no se ha lanzado aún al ataque?

—No. Está midiendo sus fuerzas y comparándolas con las mías.

—¿Conoce usted las suyas?

—Sí, Warner: es una criatura muy potente, extraordinariamente poderosa.

Sin poderlo impedir, el joven se estremeció.

—¿Entonces? —inquirió—. ¿Qué va a ocurrir?

El Lama no contestó.

Sus ojos acababan de cerrarse y su frente se plisó, demostrando una concentración formidable. ..

—Ahora mismo lo sabremos... ¡aquí está! ¡La lucha empieza!

CAPITULO VIII

Warner, sin poderlo evitar, retrocedió unos pasos, como si temiese que pudieran llegar hasta él los efluvios de la lucha que iba a comenzar de un momento a otro.

Kurina estaba inmóvil, con los ojos fijos en el Lama.

La expresión de la hermosa joven reflejaba una determinación absoluta de, si le era posible, intervenir en el combate, luchando al lado de su compatriota.

El rostro del Lama seguía permaneciendo absolutamente inmóvil.

Hasta que, de repente, sus músculos faciales empezaron a contraerse, dando la impresión de que estaba haciendo muecas; poco después, llegaba hasta el emocionado Warner el siniestro rechinar de dientes del Lama.

¡La verdadera lucha, la pelea a muerte, acababa de empezar!

Alguien tocó entonces la espalda de Warner, que se volvió bruscamente, sobresaltado.

Era Edwin.

—El profesor te llama —dijo el otro en voz baja.

—Vamos.

Salieron.

Una vez fuera, el médico, con expresión preocupada, inquirió, haciendo un gesto hacia el cuarto que acababan de abandonar.

—¿Ocurre algo malo ahí dentro, Warner?

Este, antes de contestar, se secó el sudor que perla- ba su frente.

—Es horrible —dijo—. Nunca, aunque me lo hubieran jurado, hubiese creído en algo semejante.

—¿De qué se trata?

—El Lama está luchando con el jefe; nuestros enemigos.

—¿Mentalmente?

—Sí. ¡Debe ser algo espantoso!

—Y que lo digas. Además, cuando pienso que todo depende de este combate invisible, se me pone la carne de gallina.

—Esperemos que todo salga bien.

Habían llegado a la cabina de mando.

Fred seguía atado y dormía plácidamente. El cansancio, unido a la influencia hipnótica que recibió habían terminado por hundirle en un sueño profundo.

—¡Ah! —exclamó el profesor incorporándose—. ¡Ya - están ustedes aquí!

—¿Qué hay, profesor?

—Estoy muy contento, Warner, hijo mío!

—¿Por qué?

—Creo que he conseguido montar completamente los mecanismos para el regreso de la cosmonave.

Collier y Edwin, pensaron en la misma cosa, en el Lama contraído por su lucha y se miraron significativamente.

El profesor no se percató de nada.

El entusiasmo hacía brillar intensamente sus ojos.

—El problema fundamental —dijo— era el de salir de la órbita, con la suficiente brusquedad para pasar las capas de la atmósfera tangencialmente, evitando la fricción exagerada de tocarlas progresivamente, como ocurrió a los antiguos satélites.

—¿Y ha superado esa dificultad?

—Por completo. Además he comprobado el buen funcionamiento de las cámaras de refrigeración, que impedirán un calentamiento excesivo de la envoltura del satélite, en cuanto volvamos a tocar las capas densas de la atmósfera terrestre. ¡Todo está arreglado y todo marcha maravillosamente bien!

—¡Enhorabuena, profesor!, —dijo cordialmente Warner—. Siga trabajando para tenerlo todo a punto. Nosotros volveremos dentro de unos instantes.

Se alejaron de allí y una vez en el pasillo exclamó Collier:

—¡Cómo le envidio!

—¿A quién? —inquirió él otro distraído.

—Al profesor. Es el único de nosotros que no se da cuenta de lo que en realidad estamos pasando. No está en el satélite.

—¿Dónde, entonces?

—¡En la Luna!

—No es él el único.

—¿Qué quieres decir?

—Ven conmigo —dijo el médico.

Lo llevó hasta la entrada de la cabina de transmisiones. Sentado en el sillón en mangas de camisa, Fumigan, el Secretario de Estado. Hablaba sin parar ante una serie de micrófonos. Su voz empezaba a ser ronca.

—¿Qué quieres? —dijo Edwin—. Todo esto demuestra claramente hasta dónde puede llegar la deformación profesional.

—Así es —asintió el otro.

Continuaron su camino hasta llegar a la puerta de la cabina donde habían quedado los dos orientales.

Cuando iban a penetrar, el grito de horror de Kurina hizo que Warner se precipitase hacia el interior.

La muchacha estaba de rodillas, junto al Lama, medio caído éste en el suelo y con una expresión de horror indecible.

Se precipitaron los dos amigos en ayuda de los orientales.

—¿Qué ha pasado, Kurina? —inquirió Warner.

Pero ella no contestó.

Tenía los ojos arrasados de lágrimas y acariciaba con la mano la amplia frente del Lama, cuyos ojos estaban desorbitados por el pánico.

Finalmente volvió la cabeza, clavando su obsesionante mirada en los ojos del joven.

—¡Warner! —gritó.

El americano cogió enérgicamente los hombros del Lama.

—¿Qué le ocurre, Lama? ¿Qué puedo hacer por usted?

El otro movió la cabeza de un lado para otro.

—Nada, hijo mío. Estoy luchando desesperadamente...

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—Pero me está venciendo. Es demasiado poderoso.

También sintió Warner que las lágrimas asomaban a los suyos. Recordó, con un estremecimiento, todas las esperanzas que Fumigan estaba sembrando desde sus micrófonos, se imaginó a los hombres, ansiosos porque se les comunicase la ansiada victoria final.

Cerró sus dedos de acero sobre los brazos del oriental!

—¡No puede ser, Lama! ¡Tenemos que vencer a ese monstruo! ¡Utilíceme como a uno de sus voluntarios! ¡Que intente matarme ese asqueroso cerdo! ¡Ah, si estuviese aquí! ¡Me lo comería a mordiscos!

Siguió un corto silencio.

El rostro del Lama iba tomando un color ceniciento.

—No puedo... —musitó—; es muy fuerte.

Y repentinamente, cayó hacia atrás, como un muñeco desarticulado.

—¡Lama! —aulló Warner—. ¡Lama!

Pero fue completamente inútil.

Fue entonces cuando Edwin le tocó suavemente en el hombro.

Collier se volvió, siguiendo la dirección que le señalaba su amigo.

Un grito de horror brotó de sus labios.

Kurina de pie, con los ojos cerrados, ofrecía el mismo aspecto que el Lama cuando empezó la horrible lucha.

Warner lanzó un rugido.

—¡Eso no; nunca! —gritó.

Pero Edwin le retuvo, cuando se disponía a lanzarse sobre Kurina.

—Puedes causarle un mal enorme. Déjala. Quiere seguir la lucha.

Intentó desasirse de su amigo.

—¿Te has vuelto loco, Edwin? ¿Qué puede hacer esa pobre muchacha donde el Lama ha fracasado? ¡Déjame! ¡Déjame! ¡La quiero! ¡La defenderé, aunque tenga que matarte!

Pero poco después se calmó, comprendiendo que nada podría hacer, ya que no sabía como sacar a Kurina del trance en que ella yacía.

Se quedó contemplándola, sufriendo cuando ella sufría, contrayendo los músculos al unísono con ella, haciendo lo imposible por combatir aquel combate desigual y cuyo final no podía dejar de ser fatal para todos.

Durante cerca de una hora, Kurina luchó desesperadamente.

Hasta que empezó a ceder.

De la misma manera que el Lama, fue perdiendo energías. Primero cayó de rodillas; luego fue desplomándose en los brazos de Warner, cuyo rostro mojaban las lágrimas que inundaban sus ojos.

—¡Ayúdala, Dios mío!

Le desgarraba el dolor; pero, en el fondo sentía la desesperación de saber que todo aquello había sido estúpidamente inútil.

Edwin le llamó de repente:

—¡Mira, Warner!

Volvió la cabeza interrogativamente a su amigo.

—¡Es el Lama! Se está recuperando.

Así era, en efecto. El asiático volvía del profundo coma en eí que había estado sumido.

Durante unos segundos, permaneció con los ojos cerrados,

sentado en el suelo, suspirando profundamente.

Abrió luego los ojos.

Fue cuando Warner le gritó, con una desesperación desgarradora.

—¡Lama!! ¡¡Kurina!! ¡La está matando ese monstruo!

El Lama se puso en pie, acercándose a la muchacha a la que tomó una mano; luego, con la misma expresión bondadosa de siempre, sonrió, al decir:

—Voy a seguir luchando. Ahora, ya estoy como nuevo.

Su rostro se contrajo con un frenesí que asombró a los americanos. Después, inesperadamente, contrajo los puños, rechinó de dientes, rugió, como una fiera y volvió a abrir los ojos, con expresión de cansancio.

—Ya está hecho, amigos míos. El monstruo ha muerto.

* * *

Se reunieron en la sala de mandos.

El profesor llevaba tres horas preparando el regreso del satélite a la Tierra. Habían surgido pequeñas dificultades que, por fortuna, están allanadas.

En la cabina de transmisiones, Fumigan, con una gran afonía, proclamaba al mundo, delirante, el triunfo que se había conseguido.

El Lama se había recogido en una cabina para descansar y orar.

Fred, gracias a un procedimiento hipnótico de Kurina, que se había recuperado en seguida, estaba tranquilo y libre de los efectos de la hipnosis telepática.

»Se han ido —había dicho el Lama, antes de retirarse—. Pero la victoria se la debemos a Kurina. Si no hubiese asumido la responsabilidad de la lucha, en el momento en que yo me desplomaba ante la potencia del enemigo, éste nos habría destrozado en pocos segundos. Yo era la barrera que defendía a las mentes de ustedes. Kurina, al ocupar mi puesto, se expuso voluntariamente al más horrible de los fines.

»Pero se mantuvo firme, deseosa de dar tiempo a que mi mente fatigada se recuperase. Por eso cuando reanudé el combate, yo era el más fuerte y el enemigo cayó fulminado para siempre.

»Sin su apoyo, sus huestes escaparon de nuestro natural satélite y hasta de Marte, refugiándose en Júpiter.

»Allí esperarán un momento más oportuno para volver a atacar.

»Aunque es muy fácil que seamos nosotros, cuando demos la importancia que merece a la mente humana, los que vayamos a desalojarlos de allí, empujándolos hacia los ignotos confines de los que salieron…

Era la verdad.

Apoyados en el barandilla de la torreta de observación, Kurina y Warner veían la tierra, maravillosamente azul, que pasaba velozmente ante ellos.

Cada veinte minutos penetraban en la zona de la noche y así se sucedían los días y las noches para los tripulantes del satélite.

—¿Quieres casarte conmigo? —inquirió él.

—¿Y me lo preguntas?

—No sé, como me habías dado tu palabra de no emplear la telepatía.

Ella rió divertida.

—Tú eres mucho más listo, querido. Dijiste que una mujer no puede dejar de ser curiosa. ¿Cómo crees entonces que pude mantener mi palabra?

—¿Qué quieres decir?

—Qué ahondé hasta lo más profundo de tu mente. Y me convencí de que me querías de verdad… pero jamás podrás imaginarte…

Su rostro se iluminó de una forma tal… que Warner se sintió inundado por la máxima belleza que un ser vivo puede emitir.

El rostro de Kurina, era el amor mismo, la espiritualidad misma, la luz radiante de aquellos que poseen la verdad, una verdad que Kurina conocía de ana manera cierta pero teórica… Kurina sabía, sabía que la fuerza de un verdadero amor era potente, era fantástica… Kurina sabía… pero ahora tenía en su propio ser, arraigada, esa inmensa y maravillosa verdad… la verdad que su rostro emitía y que Warner sin poderlo evitar recibió en lo más profundo de su ser, conmoviéndose sin poder analizar sin poder pensar sin poder sentir, más que lo que sin haber sabido nunca lo que podía significar realmente esa palabra, ahora la entendía y comprendía, se sentía en éxtasis, en un éxtasis que parecía estar fuera del tiempo y del espacio, algo indescriptible que jamás podría mientras viviese… olvidar.

Kurina... con la voz dulce, sin apenas voz, con una voz que a Warner le pareció no estar oyendo con los oídos... recibió en su ser, en lo más hondo, lo que ella le decía.

—Me di cuenta Warner, me di cuenta de tu amor, me di cuenta de la profundidad de tus sentimientos cuando luché desesperadamente, cuando sentí la fuerza de tu pensamiento unido al mío por tu inmenso amor, ayudándome, como jamás sabrás, a resistir la inmensa potencia de aquella mente destructora...

»Tu amor, Warner, tu amor hacia mi pobre persona, su potencia su inmensa energía hizo el milagro de

que yo pudiese resistir lo que hubiera sido imposible resistir de otra forma y fue también mi fe, la fe que sentía yo en mí, de mí mismo amor a ti, lo que me empujó a pensar y a creer que sería capaz de resistir...

Su luz, la luz que Kurina irradiaba había ido aún más en aumento y Warner se sintió tan envuelto por aquel sublime momento que hubiera deseado que jamás se acabara y que jamás tuviera fin el beso que sin saber como tenían los dos cogido, con la más preciada joya de sus vidas humanas. Como una paloma... que se deja apresar.

FIN